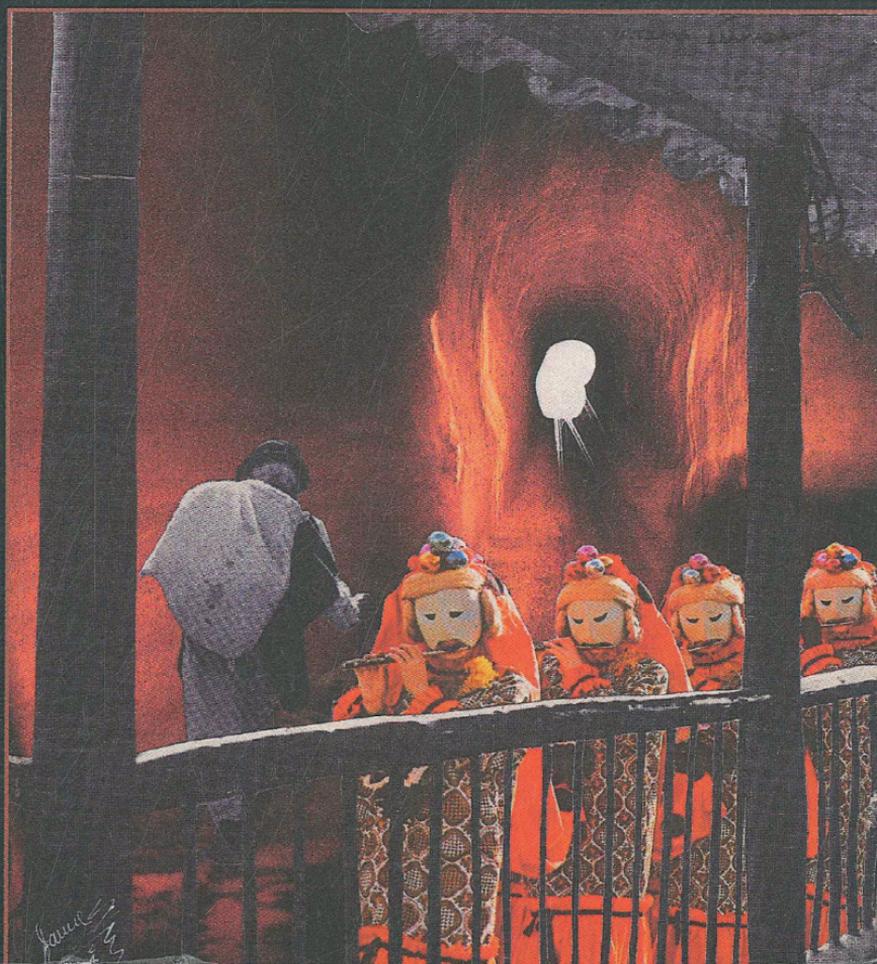


# Las redes de Vulcano

Absalón Palma



## Raúl Absalón Palma Arango

Bibliotecólogo de la Universidad de Antioquia y especialista en Ciencia Política de la Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín. Perteneció al Taller de creación literaria de la Universidad de Antioquia dirigido por el escritor Luis Fernando Macías, donde ha publicado los cuentos “El hincha”, “Las redes de Vulcano” y “La sombra”. Es miembro de la junta directiva de la Academia Colombiana del Tango. Ha publicado diversos artículos de tango en la revista *Mirando al Sur*; de Bello Tango Club, y en la página web de la Academia Colombiana del Tango. Ha dictado conferencias en las diversas instituciones de tango del Valle de Aburrá, la Casa de la Cultura de Bello, la Universidad de Antioquia y en el Festival Internacional del Tango de Medellín. Actualmente es coproductor del programa *Tiempo de tango*, que se transmite en la Emisora Cultural Universidad de Antioquia.

# Las redes de Vulcano

Absalón Palma

Las redes de Vulcano

Primera edición: septiembre de 2013

© Raúl Absalón Palma Arango

rapa.palmaarango@gmail.com

ISBN: 978-958-46-2902-9

Dirección editorial: Luis Fernando Macías

Diseño y diagramación: Janeth Posada Franco

Ilustración de carátula: *Última llamada*. Jairo Alberto Mejía

Impresión y terminación:

Litografía Solingraf Ltda.

Calle 80Sur No. 47D - 163 - Unidad Industrial

Bodegas Ecológicas

Sector Centro Sur de la Construcción - Bodega 102 - Sabaneta

Teléfono: (574) 448 7101

Editado en Medellín, Colombia, Suramérica

Prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio o con cualquier propósito, sin la autorización escrita del autor.

# Contenido

Prólogo	7
Humillado	11
La sombra	15
Livor	21
Dos epístolas	27
A la orilla del río	34
Un pequeño olvido	41
A las ocho es la cita	47
El último café	57
En el Café	62
El músico	68
Pasiones de fútbol	79
El hincha	88
Tríptico	
La sombra de Mors	107
Por la senda de Venus	116
Las redes de Vulcano	124
El “Pardo” Luis (Crónica)	132



## Prólogo

Aunque la escritura es un asunto colectivo, especialmente la literatura, porque indaga en la fuente común por los asuntos de la existencia, en su orden: del hombre, de los pueblos y de los individuos, la forma como alguien se hace escritor es siempre un misterio. A Raúl Absalón Palma, por ejemplo, un descreído de sí, le tomó más de cuarenta años y no sabemos cuántas cajas de cerveza, apuradas en los bares tangueros de Medellín durante décadas, averiguar que le gustaba eso de convertir en ficción de palabras las historias oídas, vividas o imaginadas. Y le tomó unos años más entender que eso era realmente lo suyo y que, además, tenía con qué hacerlo: el bagaje, las ganas y el talento. Lo otro era entonces el aprendizaje del taller de literatura.

Absalón Palma (tronco de nombre para un bibliotecario de la Escuela de Idiomas)

llegó al taller de creación literaria de la Universidad de Antioquia una noche de 2008 o 2009. En su mirada se infería la duda del que teme por lo suyo, como quien piensa sin decirlo: quiero, pero me da miedo. Alguien, tal vez un maestro ciego o poco generoso, lo formó en la desconfianza, esa que es madre de la castración. Pero la vida lo arrojó al taller porque la llamada de la escritura es como la llamada de la selva que, si no se atiende, se paga con la vida.

Lo primero que supimos de él fue que era hinchita del Deportivo Independiente Medellín, es decir, era un hombre que en su crecimiento se había acostumbrado a disfrutar la derrota; pero justo cuando “El poderoso” volvió a ganar el campeonato, después de más de cuarenta y cinco años, o sea toda la vida de Absalón, la historia de “Susó” le jugó los dados al encuentro con su destino.

En pocos meses su escritura precaria se fue decantando, su desconfianza se fue venciendo y sus cavilaciones de tangófilo se fueron manifestando. Aparecieron entonces un tesón guardado en el inconsciente, una perseverancia de desheredado y una terquedad de jugador irredento. Hizo acopio de sus

lecturas, investigó, se preguntó por esa cosa tremenda que es la ficción que se manifiesta por medio de cuentos y reunió un conjunto de ellos. Cinco o seis años de trabajo, de búsqueda en el fondo de sí mismo de la verdad de sí, para componer un volumen al que titula *Las redes de Vulcano*, como quien dice: es el mito lo que responde qué somos, ya las culturas griega y romana nos designan, en sus redes podríamos hallarnos, en sus misterios esclarecernos.

Ahí va pues el primer libro de uno que se demoró para mirarse en el espejo de la verdad, uno que paciente y humilde también da cuenta de la brega.

Luis Fernando Macías  
Septiembre de 2013



## Humillado

No quise ofenderlo; lo que pasa es que, a veces, uno no aguanta más la humillación. Yo siempre me había sometido porque lo admiraba, bueno, también porque le tenía temor. La obediencia y abnegación siempre habían sido una de mis formas de defensa para evitar el castigo; por eso nunca me hice azotar de mi padre, que era de mano dura con mis hermanos. Él también fue una especie de hermano mayor o de autoridad para los muchachos del barrio, incluso nos sometía a castigos, como cuando amarró a Quique y al Flaco a un árbol que tenía un nido de hormigas coloradas, de esas que miden casi un centímetro y que su picadura no solo produce un gran dolor, sino que además forma enormes ronchas en la piel. Según él, para que se volvieran hombres. A mí no me agarró porque ese día no estaba en

la calle. Mi madre me había encomendado cuidar a mi abuela, que vivía al otro lado del barrio, porque estaba convaleciente de una operación. Pero si me hubiera visto, tal vez habría sido otra víctima del nido de las hormigas. Sin embargo, me seguía infligiendo humillaciones delante de los demás, me ponía a hacer sus encargos y me obligaba a irme de la esquina cuando estaba de mal humor. Creo que hubiera deseado las hormigas coloradas para comprobarle que también yo era un hombre. Pero él nunca me tuvo en cuenta cuando de probar hombría se trataba. Prefería al Flaco, al que le enseñaba a manejar el cuchillo. ¿Y quién no hubiera querido unas lecciones con él, siendo el más diestro con el acero? Por eso era de respeto en el barrio, bueno, también por su decisión y por el deseo constante de entrar en camorra. Después apareció con un revólver. Decían que hacía parte de una banda que cometía asaltos y mataba gente. Ese fue el tiempo en que le tuve más miedo y él, como los perros, parecía que lo olfateaba. Y yo seguía en la misma posición: sometido, esperando no ofenderlo, con el fin de que desviara su mirada hacia otro lado, que constantemente

tenía puesta sobre mí. Por eso no entiendo por qué, ante su última burla, reaccioné así, gritándole de una forma desafiante delante de toda la barra. Él se quedó atónito, sorprendido de que yo me rebelara. Luego, su rostro se fue transformando hasta quedar completamente desfigurado por la ira. Yo estaba asustadísimo, esperando el peor de los castigos; sin embargo, cuando él se me abalanzó, como todo animal que se defiende del dolor, corrí con todas mis fuerzas. Pero no era suficiente, él estaba casi encima de mí, y para colmo, tomé el peor camino, pues al final había un barranco que no pensé que pudiera saltar porque tenía por lo menos cinco metros de profundidad, así que, cuando estaba al borde del precipicio, giré abruptamente a un lado logrando esquivar la caída. Lo que no pensé fue que él, el más habilidoso, el más sagaz, el más valiente que había imaginado no pudiera superar esta dificultad y se fuera de bruces hacia el vacío. Hubiera podido huir y ocultarme para salvaguardar mi vida, y esperar a que el tiempo atenuara los rencores, pero escuché sus gritos de dolor y, no sé por qué, rodeé el barranco y bajé. Él se revolcaba en

el suelo sosteniéndose un brazo; su nariz estaba ensangrentada. Parecía que también se había lastimado una pierna porque trataba de ponerse de pie y no lo lograba. Me parecía incomprendible que este ser superior se viera tan frágil y expuesto ante alguien tan insignificante como yo. Su arma estaba tirada a un lado sin que él la pudiera alcanzar. Creo que haberla tomado fue un error del que siempre me lamentaré; también haberle apuntado, tembloroso —yo que jamás había cogido un revólver en mis manos— y haber apretado el gatillo en seis ocasiones. Ahora estoy muy triste. De noche me despierto sudoroso. Veo la imagen de su rostro, aterrada, los ojos desorbitados cuando sostenía el arma frente a él. Yo, que siempre lo admiré y respeté, me siento vacío porque ya no está.

## La sombra

Cuando regresaba a su casa, después del paseo de cada noche, antes de irse a dormir, experimentó una extraña sensación, como si algo le faltara. Se quedó pensando por largo rato, devanándose los sesos, enumerando los pasos de su rutina que, por lo regular, nunca cambiaba, y no daba con ello. En el momento en que se disponía a olvidarlo para conciliar el sueño, su rostro se iluminó y una idea le llegó como una revelación: su Sombra, definitivamente era eso, le faltaba su Sombra. Ahora comprendía por qué le había sido tan difícil descubrirlo, porque, pensándolo bien, ¿cuántas veces uno se fija en su Sombra? Para él fue la primera vez y se sonrió. Tuvo el impulso de levantarse para confirmar si definitivamente se había marchado o si todavía continuaba con él,

pero no quería darle trascendencia a un hecho que no lo merecía.

A la mañana siguiente se despertó a la hora habitual y encontró a su Sombra parada junto a la ventana, mirando hacia el exterior. Dudó un momento. No sabía en qué forma hablarle o si debía esperar a que ella tomara la iniciativa. Al fin le preguntó con un tono tranquilo:

—¿Qué haces ahí parada?

—Estoy mirando la mañana —le contestó la Sombra con su voz oscura.

Con los rayos del sol se veía un poco deslucida. Definitivamente, las sombras adquieren su nitidez a la luz de la luna.

—Me gusta contemplar los colores —continuó—; el luto cansa.

—Pero si el negro y el gris son parte de tu naturaleza, ¿o quieres ir en contra de ella? —le reprochó él.

—Hay ocasiones en que uno no está conforme con su naturaleza —le contestó la Sombra.

—Eso no tiene sentido, hay que aceptar las cosas como son. Si no, uno estaría continuamente sometido a las frustraciones. Yo no resistiría eso —dijo él.

—A veces hay que arriesgarse, en vez de estar resignado —le contestó ella.

—No lo sé —dijo él, desconcertado y comenzó los preparativos para un día de trabajo. Estaban en la mitad de la semana y no le gustaba malgastar el tiempo.

—¿A dónde iremos? —le preguntó la Sombra.

—¿Cómo que a dónde iremos? —contestó él con ironía— Pues a trabajar, hoy es miércoles.

—¿Y qué con eso? Podríamos ir al parque, la mañana está muy bonita.

A la Sombra le gustaba cuando cruzaban por el parque. Es cierto que, en ocasiones, pasaban con mucha prisa, pero siempre había soñado que él se detuviera y se sentara en una de sus bancas debajo de un frondoso árbol, así podría integrarse a la sombra del árbol, con los movimientos que proyectaban sus follajes desmelenados.

—¿Bonita? —dijo él con malestar— Para mí las mañanas son todas iguales, salvo que esté lloviendo.

—¿Cómo puedes decir eso? Hay mañanas grises, mañanas brillantes de sol, resplandecientes. Las hay tranquilas,

mientras otras son inquietas y juegan con los niños.

—No tengo tiempo para juegos, ni contemplaciones. No puedo perder el tiempo en esas nimiedades.

—¿Nimiedades es disfrutar de las cosas bellas y simples de la vida?

De nuevo él se sintió desconcertado. Pero luego, sin mucho convencimiento y más como una forma de defenderse, respondió:

—Lo importante en la vida son las cosas prácticas, lo útil, lo que nos sirve para vivir.

—¿O sea que la belleza no sirve para vivir? Yo creo que sí, y mucho más que lo que tú llamas las cosas prácticas.

Él estaba molesto por la forma en que la Sombra le rebatía sus argumentos. Así que guardó silencio frunciendo el ceño, mientras terminaba sus preparativos para salir. Cuando ya estaba listo, cogió su maletín y le dijo a la Sombra:

—Bueno, vamos.

Nunca pensó que haría eso. Invitar a su Sombra para que lo acompañara. Ella siempre había estado a su lado sin que él se lo pidiera. Así que fue como una pequeña derrota, como la pérdida del control de

parte de su vida. La Sombra salió con él, a regañadientes.

El día estuvo muy agitado: reuniones en la mañana, innumerables llamadas, solo quince minutos para almorzar y visitas a clientes en la tarde. En la noche llegó a la casa, extenuado. Se preparó algo de comer y salió a su paseo como siempre lo hacía. A él le gustaban la noche y las tardes oscuras y grises. Estas caminatas eran los pequeños descansos que se permitía dentro de su agitada vida. Mientras caminaba, miró con disimulo para indagar si la Sombra continuaba con él, y pudo comprobar que ahí seguía, en silencio y atada a sus movimientos. Pensó que debía decirle algo, pero no sabía qué. Así que guardó silencio. Cambiando su rutina, sin ningún motivo aparente, se dirigió al parque. A esa hora solo había algunos enamorados. Se sentó en una banca delante del tronco de un gran árbol. La Sombra caía suavemente sobre el piso. Allí se sumió en sus pensamientos. Recordó lo que la Sombra le había dicho esa mañana, de las mañanas resplandecientes y coloridas. Pero no, a él definitivamente le gustaba la oscuridad. Y se fue sumergiendo en ese pozo de sombras

que es la noche, y la Sombra se fue tornando más nítida, más vivaz.

Poco a poco, él se fue volviendo grisáceo, hasta quedar totalmente oscuro, y se convirtió en una sombra más de la noche, mientras la Sombra fue tomando los colores vivos de la piel de él. Ahora, él es la sombra de ella, pero, tristemente, ella no camina en la noche, sino que pasa las horas de la mañana en el parque viendo jugar a los niños, y él se esconde detrás de la sombra del tronco del frondoso árbol.

## Livor

**A**l morir la tarde, Livor salió de su morada con paso lento, en busca de la siguiente víctima. Con nostalgia, recordaba aquellos tiempos antiguos en que obedecía a la diosa Minerva. Ahora, sus pasos los guiaban los mandatos del Destino, el inexorable Destino que resiste las vicisitudes de todos los tiempos. Livor caminaba altiva, a pesar de que la carga de su pecho, el verde pus, la ponzoña con que envenenaba el alma humana, era muy pesada y los pinceles de las sombras dibujaban en los muros una figura encorvada. Mientras se desplazaba por la vereda, los transeúntes la esquivaban con desprecio y con temor. Ella era consciente de ese repudio. Sabía que los hombres la aborrecían, pero ella también los odiaba. Solo sabía odiar. Odiaba la tristeza de los melancólicos amantes, la nostalgia de los agobiados ancianos y la alegría de los

cantos juveniles. Solo sentía satisfacción por el dolor humano. Su designio era no amar ni ser amada.

Pronto divisó la casa de su víctima. Se acercó con sigilo a la ventana y husmeó en el interior de la habitación. Allí encontró, frente a un espejo, a una preciosa mujer cepillándose su largo cabello. Era tan bella que se estremeció, y volvió su rostro con un gesto de repulsión. A pesar de su rechazo, con el rabllo del ojo espío cuando la mujer se levantó y caminó un momento, con una sensualidad única, por la habitación, dejando advertir su magnífica figura. Una conmoción, de nuevo, agitó el cuerpo de Livor.

¿Qué le pasó a Livor? ¿Acaso en sus largos años no había inoculado con su hiel a muchas mujeres bellas, sin ningún miramiento? ¿O la belleza de esta mujer era tan inimaginable, que hasta Livor retrocedía ante ella? Sin embargo, no se detendría. Jamás lo había hecho. Esperó a que la mujer se durmiera para deslizarse dentro de su cuarto. Cuando se acercó vio, a la luz de la luna, su radiante rostro. Las facciones eran de una delicadeza tal, que, de nuevo, apartó

su mirada, pues se volvía insoportable para ella. Pensó que si emponzoñaba su pecho con la inquina y huía de allí, evadiría esa molestia inexplicable que entorpecía su trabajo. No obstante, algo en su interior la detuvo. En vez de cumplir su cometido, empezó a observarla poco a poco. Primero de soslayo; esa belleza la cegaba, pero luego de unos instantes se fue acostumbrando a su luminosidad. Así que, en determinado momento, sin ningún inconveniente, se detuvo y contempló el rostro de la mujer por largo rato. Esta dormía tranquila y confiada, como si estuviera libre de cualquier peligro. Livor caminó unos instantes por el cuarto, indecisa. Nunca le había pasado algo parecido en los miles de años de labor. Se detuvo frente a la ventana y apreció, ya sin fastidio, la luna llena en toda su inmensidad. Luego volvió sobre la cama; la mujer dormía con la misma suavidad con que lo había hecho hasta ese momento. Livor se sintió tentada, por primera vez en su existencia, de complacerse acariciando ese rostro, sin embargo, la detuvo el temor de dañarla, de envenenarla con su inquina. Cuando en el horizonte unos pequeños destellos

anunciaban el alba, se escabulló fuera del cuarto y partió para su casa. Esos momentos no fueron menos angustiantes que los que habían colmado su existencia; aunque era una angustia diferente, una desazón que solo los hombres solían experimentar, algo que para ella estaba negado.

Luego, una idea la atemorizó: ¿Qué había hecho? No había cumplido la labor que le había sido encomendada, a la cual no había faltado nunca. Imaginó los castigos que le habrían infligido los dioses en los tiempos antiguos. ¿Qué hubiera hecho la diosa guerrera de los ojos brillantes? Pero ahora estaba en manos del implacable Destino.

Todo el día pasó entre el temor por su castigo y la imagen del rostro de esa hermosa mujer, que permanecía anclada en la retina de sus ojos. Algo en su interior quería decirle que se marchara, para acabar con su angustia; sin embargo, su voz no tenía la fuerza para hacerlo. Arribaron las horas de la noche y no le llegó ninguna tarea, ningún informe de un alma destinada al veneno de su hiel. Esto jamás había pasado. Siempre había tenido abundante trabajo. Su angustia se hizo más fuerte. ¿Qué sería

de ella si ya no fuera llamada para su labor? ¿Cuál sería el fin de su existencia en este mundo? ¿O estaría llegando al final de esta? Esperó toda la noche y el día siguiente, y así el tercero. Cuando llegó el atardecer, la desesperación se apoderó de ella. Definitivamente, la culpable de esa situación era aquella hermosa mujer. A lo mejor el inexorable Destino no le había impuesto una nueva labor, ya que no había cumplido con la que tenía pendiente. Así que, sin pensarlo dos veces, cuando las sombras de la noche se apoderaron de la tierra, salió de su morada y llegó a la casa de la mujer, como una exhalación, dispuesta a inocularle todo el veneno posible en su pecho, sin que le quedara ni una gota en su reserva. Sin embargo, sus fuerzas y decisión se desvanecieron cuando la vio a través del cristal de la ventana. Estaba tan reluciente que Livor, simplemente, se quedó paralizada. Acurrucada al pie de la ventana, sin ninguna fuerza de voluntad para levantarse, pasó toda la noche. Cuando el alba despuntaba en el horizonte, partió para su morada, vencida, con el paso cansino, más lento que de costumbre.

Encerrada, los días los pasaba en ayuno. ¿Para qué alimentarse de víboras, si ya no sería requerida para envenenar con su inquina el alma humana? Se imaginaba el mundo sin envidia y los ojos se le encharcaban. Así pasaron siete días. Al final de estos, cuando menos lo esperaba, apareció bajo su puerta una esquila con el nombre y la dirección de su nueva víctima. Entonces Livor tomó su cayado y partió a cumplir su cometido, sabiendo que nunca más sería la misma.

## Dos epístolas

**A**nhelaba tanto la muerte, que siempre la Avio como algo inalcanzable; así que su excitación no fue poca cuando esa mañana lluviosa recibió una esquila con la siguiente disposición: “La hora de su partida será mañana, 20 de abril, a las 9 a. m., preséntese en su unidad de salud”. A partir de ese momento dispuso los arreglos con sumo cuidado, no quería que se le pasara el menor detalle. Su testamento ya estaba hecho. Tenía poco, pero quería asegurarse de que cada quien recibiera lo suyo. Es propio de los hombres emprender grandes batallas por nimiedades. Ese día dejó todas las cuentas pagas, incluyendo, por supuesto, la funeraria que se encargaría de sus despojos; arregló el desperfecto de la ventana; llamó a su hermana para disculparse, pues años atrás la había ofendido; podó el jardín;

organizó los libros y la música, y escribió una carta con sus últimas indicaciones. Cuando estaba buscando un sobre para guardarla, en el fondo del cajón encontró una vieja carta. Era un obsequio de su abuelo Octavio; sin embargo, no había sido escrita por él, sino por su abuelo, el viejo Eufrasio. En sus manos tenía una carta de puño y letra de su tatarabuelo. Una especie de emoción se produjo en él cuando vio la fecha: databa de más de un siglo. Empezó a leerla, ¡y las ideas le parecían tan extrañas!; la epístola hablaba del valor de la vida y del temor a la muerte. Recordó las historias que le contaba su abuelo Octavio cuando era niño; de cómo el viejo Eufrasio fue uno de los últimos bastiones de una antigua época, en que aún se tenía la incertidumbre de cuándo llegaría la muerte y del temor que causaba; de cómo erigían seres imaginarios para defenderse de ella, o para ser acogidos por ellos en algún lugar, después de que aquella acaeciera. Todas esas historias le parecían tan fantásticas, que fue a la biblioteca —herencia de su abuelo Octavio— y empezó a indagar a fondo sobre el asunto. Consultó viejas enciclopedias

y documentos. El lenguaje era antiguo, pero con diccionarios pudo ayudarse en su labor. El asunto se volvía cada vez más fascinante; se creía en otros mundos después de la muerte, donde se viviría por la eternidad; en unas ocasiones eran mundos subterráneos, donde prevalecían la tortura y el sufrimiento, y, en otras, lugares etéreos, donde reinaba la armonía. Ambos mundos eran dominados por seres llamados dioses o semidioses.

No podía comprender: ¿Estas personas no sabían, por su estudio genético, cuándo se les agotaría la vida? ¿No habían asistido a la terapia infantil para enfrentar la sensación de vacío que produce la muerte? Además, desde la escuela a él le quedó muy claro que le debía una muerte a la naturaleza, así como ella le había dado la vida. La idea de una vida eterna lo hizo estremecer, ¡era tan absurda! Él, que había visualizado la muerte en sus últimos años como un descanso, como una manera de decir: “He terminado mi labor”, como una forma de recompensa por el deber cumplido. Para él la muerte siempre había sido una liberación; lo contrario sería

una condena sin posibilidad de fuga. El condenado de por vida sabe que un día se acabará su castigo, que con su muerte saldrá su deuda con la sociedad. Pero ¿qué le espera al que tiene la vida eterna?: la cadena perpetua, en el sentido estricto de la palabra, sometido al tedio. Esto sí que sería un castigo. Por otra parte, ¿cómo se podría seguir viviendo después de la muerte? Era totalmente contradictorio. Si, precisamente, estar muerto significa que no se tiene vida, y sin vida no se puede vivir en este mundo o en otro.

Su labor se extendió más de lo que hubiera querido. Lo alcanzó la medianoche, y él seguía indagando en viejos documentos. Pensó que debía irse a dormir. El tema era tan extenso que no lo alcanzaría a estudiar, aunque tuviera un año más de vida, y él tenía una cita con la muerte al día siguiente. Su decoro lo obligaba a la puntualidad; sería de mal gusto morirse en medio de la calle, o en otro lugar distinto al que estaba dispuesto para ello. Tal vez en aquellos tiempos antiguos fuera de ese modo, pero él estaba en una sociedad civilizada y le debía consideración a los demás.

Trató de dormir, pero estas historias sobre la muerte le seguían rondando la cabeza. Así que se levantó en la madrugada y leyó de nuevo la carta de su tatarabuelo.

*Mi querido nieto Octavio:*

*Estoy a punto de morir, y me invade la angustia. No estoy seguro de cuándo será el momento, pero sé que está cerca. Amé tanto la vida, ¡y la viví con tanta intensidad!, aunque creo que me faltaron muchas cosas por hacer y que fue muy poco el tiempo que tuve para vivir. Ya no las puedo realizar porque estoy viejo y he perdido mi vitalidad. Solo me queda la tranquilidad de que pronto voy a descansar y entraré en el reino de Dios. Hoy todo el mundo se ha olvidado de él, nadie lo nombra. Creen que lo pueden desaparecer solo porque ya no lo citan en los textos escolares y las iglesias han entrado en decadencia, y los medios de comunicación solo hablan de los avances científicos y del perfeccionamiento del ser humano. Siento que se ha perdido el valor de la vida, que a las generaciones actuales solo les interesa la inmediatez, y*

*no se piensan como seres que trascenderán más allá de este envilecido cuerpo en que estamos atrapados. ¿Si no tenemos un alma que permanezca después de la vida, que cultivemos para algo más importante que el limitado momento en que vivimos, qué le espera al ser humano? Tal vez deje de ser humano y solo sea un animal que busque satisfacer las groseras necesidades apremiantes, que valore solo aquello que le produce placer, cuando el sufrimiento es tan edificante. Sin embargo, tengo el deseo de pensar que tal vez no sea tarde para el hombre. Me niego a aceptar que no haya esperanza. Te dejo esta carta como una pequeña semilla, porque pienso que en el fondo de tu alma puede permanecer el verdadero valor de la vida.*

i...Je vais me coucher sur le dos /  
Et me rouler dans vos rideaux, / O  
rafraîchissantes ténèbres!<sup>1</sup>  
Baudelaire

*Eufrasio*

---

1 “i ... Voy a acostarme sobre la espalda / y deslizarme en vuestros cortinajes, / oh, refrescantes tinieblas!”.

De nuevo quedó desconcertado: ¿cuál era el verdadero valor de la vida? Su abuelo, o más bien su tatarabuelo, por intermedio de aquel, le dejó un interrogante en el que jamás había pensado, y precisamente lo descubrió poco antes de morir, ¡qué ironía! Pasó el resto de la madrugada en vela, y lo alcanzó el alba con los ojos perplejos, pensando en esta última frase de la carta: “el verdadero valor de la vida”. De pronto, cuando la luz de la mañana había invadido por completo el cristal de su ventana, una idea le llegó como revelación; estaba atónito, la emoción lo embargaba. Sin perder tiempo, se sentó al frente de su escritorio y escribió una larga carta, en la que se demoró más de una hora. Cuando terminó, la dobló junto a la carta que había heredado del viejo Eufrasio y las guardó en un sobre sellado, al que le puso como destinatario el nombre de su nieto Alejandro. La dejó encima del escritorio y empezó los preparativos para ir al centro de salud. Tembloroso, abrió la puerta, la cerró tras de sí, dando unos pasos titubeantes, dio la vuelta y vio su casa por última vez; se quedó largo rato contemplándola. Miró el reloj, faltaban veinte minutos para las nueve —el tiempo exacto para llegar a su destino—, y partió, invadido por la nostalgia.

## A la orilla del río

Cuando Ricardo bajó a la orilla del río, sintió un mareo, seguido de una opresión en el pecho; su respiración se le dificultaba y un sudor frío le recorría todo el cuerpo. Por la altura del sol, calculó que eran las cinco de la tarde. Si no alcanzaba la carretera antes de la seis, sería poco probable que saliera de ese lugar. Con la espesura del bosque y sin la luz del día, se extraviaría definitivamente. La estrategia de seguir el trayecto del río para encontrar la civilización, se convertiría en una trampa mortal, pues los lechos de los ríos suelen acompañarse de abismos y terrenos muy quebrados. Se sentó, por un momento, en una piedra plana, amplia, y trató de retomar el ritmo natural de su respiración, pero fue inútil, continuaba el ahogamiento. Como pudo se incorporó de nuevo, y entre

tambaleos se encaminó por el curso del río como lo había planeado inicialmente.

La falta de aire se volvía desesperante, el sudor frío lo sentía con mayor intensidad en las manos y en los pies. El golpeteo del agua sobre las piedras, que otrora lo hubiera comparado con un arrullo, ahora le disgustaba, le parecía un terrible bullicio. Era como si el río, al verlo en dificultades, se hubiera confabulado con el resto del bosque para abrumarlo. También la frescura de la tarde se convertía en punzones de hielo que le recalaban los huesos. Cuánto quisiera en ese momento un poco del calor que lo agobió una hora antes. De pronto, las piernas le flaquearon y tuvo que sentarse en el piso sobre unas hojas húmedas. La sudoración continuaba y unas náuseas se apoderaban de él, producto quizás del mareo. Trató de vomitar y solo produjo unas arcadas acompañadas de un líquido amargo y viscoso, que le llegaba a su boca desde el estómago; era lógico, hacía muchas horas que no había probado alimento.

Luego, sintió un fuerte dolor de cabeza, las palpitaciones de su corazón se le aceleraron, tan frenéticamente, que pensó

que explotaría, desgarrando su pecho. No tuvo otro remedio que acostarse sobre el piso húmedo. El mareo continuaba, igual que las náuseas. Se puso de cúbito dorsal, sintió que todo le daba vueltas: la bóveda celeste, el piso donde yacía y los árboles enormes, que lo rodeaban como gigantes y se disponían a darle el zarpazo final. En ese momento, le llegó la oscuridad a sus ojos. Tuvo un gran sobresalto y se encontró en su cama sentado y bañado de sudor.

Respiró tranquilo. Solo había sido una pesadilla. Se levantó y fue en busca de un vaso de agua, que bebió ávidamente. Cuando volvió a la cama, sintió temor de dormirse. No quería volver al bosque. Sabía que si se dormía nuevamente, pasaría el umbral de esa otra realidad, intangible, pero tan real como la de las horas de vigilia. Su oposición al sueño se fue quebrantando poco a poco. Ahora, adormecido, transitaba los límites de estas dos realidades.

Se encontraba de nuevo en el bosque. Algo muy fuerte en su interior lo obligaba a seguir su camino, así que se levantó del piso húmedo con gran dificultad y siguió la orilla del río. Como lo esperaba, después

de unos minutos de camino encontró un terreno quebrado. El río esquivo se fue hundiendo entre las rocas. Después, de un momento a otro se perdió entre los matorrales, apareciendo luego a unos 50 metros de profundidad. Aquí se le presentó una encrucijada. Tenía que decidir si bajaba para continuar su lecho o si tomaba otro camino; pero no había senderos que seguir y no podía volver sobre sus pasos. Sus quebrantadas fuerzas no le permitirían subir a la montaña y no podía perder el poco tiempo que le quedaba de la luz del día. Así que empezó a bajar, sosteniéndose en las rocas. Cuando llegó de nuevo a la orilla del río, encontró que no había salida por camino alguno. El río lo había acorralado. Se precipitaba por una estrecha cascada y a su alrededor solo había cortadas montañas de rocas negras que no era posible escalar, pues eran tan escarpadas que parecían un inmenso muro. El golpeteo del agua sobre las rocas se volvía ensordecedor y angustiante. Sintió en el pecho un agudo dolor que le cortó la respiración; le llegó la oscuridad y, de nuevo, se encontró sentado y sudoroso sobre su cama.

Ya estaba amaneciendo, unos tímidos rayos de luz se colaban por las rendijas de la ventana y jugueteaban con minúsculas partículas de polvo. Como era domingo, no tenía prisa para levantarse, pero no quería dormirse otra vez, después de las pesadillas que lo habían acompañado durante las tormentosas horas del sueño. Así que se levantó y organizó su habitación como lo hacía todos los domingos. No escuchaba a nadie en el edificio, un silencio profundo invadía la vieja construcción. Miró su reloj y apenas marcaban las seis y media de la mañana. Consideró entonces que el silencio se debía a que los días de fiesta la gente duerme hasta tarde. Por unos instantes, estuvo pensando en sus pesadillas. Él no era supersticioso, pero estos sueños lo habían impactado profundamente. Así que, para airearse, aprovechó que estaba temprano y salió a caminar. Las calles estaban desiertas y silenciosas, de pronto más silenciosas que de costumbre; solo un perro viejo, amarillento, cruzaba la calle rengueando. Muy pronto, estuvo en los límites del pueblo, frente a una sombría arboleda, y empezó a recordar el sueño de la noche anterior. Definitivamente,

ese era el bosque de sus sueños, el mismo de su infancia. La memoria, con una estampida de imágenes, lo llevó a aquella época en que, siendo muchacho, jugaba y recorría aquellas montañas. Con los años, muchas de estas vivencias se olvidan. Se fue adentrando en el bosque, el aroma penetrante de los árboles, húmedos por el rocío, lo embriagaba. Escuchó un gruñido a sus espaldas, se volteó y vio que el perro amarillento lo seguía. Trató de ahuyentarlo lanzándole un pedrusco, pero no le fue posible, el perro se empecinaba en seguirlo; así que le hizo caso omiso y siguió adentrándose en el bosque. Cada paso que daba era como volver a la infancia; a su mente llegaban aquellas sensaciones de otrora. Siguiendo sus instintos llegó al río. Reconoció el lugar, era igual a como se le había presentado en los sueños. Ahora recordaba con claridad. Fue su lugar preferido en tiempos pasados. Se sentó largo rato en la piedra con la que había soñado la noche anterior y en cuya lisa desnudez se sentaba en la infancia a ver correr el agua del río, antes de que creciera, de que se enrolara en el ejército, de que se casara, y de que viera morir a sus padres y

verse abandonado por su esposa y sus hijos, para volver a su pueblo. Le pareció que había pasado un siglo.

El viejo perro pasó rengueando por el sendero que él transitó en su sueño. Así que lo siguió y encontró sin ninguna sorpresa el barranco. Cuando llegó a su orilla, el perro ya se encontraba en la parte de abajo. Emitía unos gemidos lastimeros que hicieron estremecer a Ricardo, mientras daba vueltas alrededor de lo que parecía un cuerpo. No supo por qué, en vez de alejarse de aquel lugar, de huir para evitar el terror, se precipitó entre las rocas. Cuando estaba por alcanzar la orilla del río resbaló y cayó sobre la grama húmeda y desde el piso lo vio frente a frente. Era su propio rostro. Sus ojos, ya sin brillo, permanecían abiertos. Un hilo de sangre se trazaba desde la boca hasta el pecho. Su estómago estaba hinchado, a punto de reventar. El perro amarillento le lamía el rostro.

## Un pequeño olvido

Cuando Alcides subió a la estación El Poblado se percató de que no tenía tiquete. Eran las seis de la tarde e iba de regreso a su cuarto de alquiler, después de un extenuante y largo día de trabajo. Se sintió perturbado, como si hubiera cometido una falta imperdonable. No se explicaba cómo en la mañana, ese lunes, había olvidado abastecerse de los tiquetes de toda la semana, como rigurosamente lo hacía. Tendría que hacer una incómoda fila en la taquilla, pero era lo que menos le molestaba. Más bien era su desatención, su olvido. Alcides era un hombre de rituales y, como es inherente a ellos, no se debían quebrantar. Siempre hacía las mismas cosas de la misma forma: guardaba las llaves en el mismo lugar; doblaba primero el pantalón y encima la camisa, al desvestirse en la noche; ubicaba

los huevos con el extremo más delgado hacia abajo y de izquierda a derecha; sacaba la basura el mismo día y a la misma hora, poniéndola en el mismo lugar de la acera. No le gustaba romper sus rutinas. Cuando lo hizo en el pasado, en algunas ocasiones, ocurrió algo extraordinario; y nunca había sido para bien. Mantenía presente el recuerdo de cuando se rompió una pierna en la adolescencia, después de que estacionó su bicicleta en un lugar diferente. Y sobre todo, cuando llegó a su casa, después de fugarse del colegio con unos compañeros y encontró una congestión de personas en la puerta, quienes le avisaron que su padre había muerto. Nunca se perdonó el cambio de costumbre de ir directamente del colegio a su casa. En el fondo sentía que él lo había matado, que este cambio de práctica produjo su muerte.

Con la sugestión de que pasaría algo malo en su vida, se dispuso a hacer la fila. Trató de distraerse, observando la gente que transitaba por el lugar o mirando algún detalle de la estación, del cual no se hubiera percatado antes. Consideró que debería llamar a su madre al llegar a San

Javier, aunque le molestaba hacerlo porque siempre le insistía en lo mismo: que volviera a Bogotá, que nada tenía que hacer en una ciudad extraña para él, donde no tenía ningún familiar ni ningún arraigo. Y eso era precisamente lo que más le gustaba de Medellín, que no tenía ninguna raíz, nada que lo atara, nada que le recordara su pasado; ningún conocido al que tendría que mirar con vergüenza a los ojos. Y además, desde ese acontecimiento desgraciado para él, se había prometido no volver a Bogotá.

Mientras el tren se desplazaba a gran velocidad hacia la estación Industriales, Alcides observaba el río Medellín, que bajaba borrascoso. Por lo regular, en los días de invierno el caudal se crecía y en las noticias se informaba sobre alguna persona que, por accidente, llegaba a sus fatídicas aguas. Trató de sacudir esas imágenes funestas de su mente, no quería que su pensamiento se centrara en algo trágico, pues una especie de angustia se iba apoderando de él.

En la estación San Antonio hizo el trasbordo hacia San Javier. Tuvo una pequeña distracción, porque en ese lugar se le dibujaba en el rostro cierta sonrisa irónica

cuando veía correr a algunos sujetos por la escalera para abordar apresuradamente el tren que se encontraba en la plataforma superior. Pensaba que lo hacían porque sus mujeres los estarían esperando en sus casas y, si llegaban tarde, les recriminarían; aunque igual, así llegaran temprano, por alguna otra nimia situación les iban a reñir. Alcides subía las escaleras con calma, a él ya nadie lo esperaba en casa, si es que así se le podía llamar a ese cuartucho donde apenas cabía su cama, una pequeña mesa donde escribía unas cartas que nunca enviaba y otra mesa para la parrilla de la cocina. La sonrisa irónica ahora se convertía en una mueca de amargura.

En el trayecto hacia San Javier volvió su preocupación por su madre. Era cierto que la mayoría de las veces esas fatales premoniciones resultaban ser falsas, pero después de lo ocurrido con su padre, nunca las echaba en saco roto. Definitivamente esa noche debía llamarla. En el fondo, después de la muerte de su padre, no hubiera deseado alejarse de su lado; al fin de cuentas su mayor rival ya había desaparecido. Aunque ella siempre había sido dominante y su actitud

se había agudizado con su viudez. Muchas veces había pensado que era la causante de su infortunio, que si hubiera actuado de manera independiente, sin las directrices que ella le imponía, no habría tenido que vivir aquella desventura.

Al salir de la estación San Javier se dirigió a las cabinas de Telecom, llamó a casa de su madre y le contestó su hermana mayor, quien le recriminó porque llevaba más de un mes sin llamar. Ella le informó que su madre se encontraba bien de salud, pero que no estaba en casa. Ese lunes, en la mañana, un acontecimiento trágico, que concernía al motivo que lo había alejado de la ciudad, había sucedido. Después de que su hermana le narró lo acontecido, Alcides salió de la cabina atónito, desconcertado. Sus sudorosas manos estaban frías y un nudo le atravesaba la garganta. Caminó un rato como sonámbulo. Nunca consideró que esto podría ocurrir. Siempre creyó que si algo malo debía acontecer, la víctima sería él. Incluso, en el fondo, lo deseaba. Así podría hacer sentir culpables a las personas que le habían hecho daño. Aunque, reflexionando bien, no sabía si de verdad le habían tratado

de hacer daño. Más bien las personas actúan de forma egoísta, buscando el bienestar propio, pero eso no implica que quieran perjudicar al otro, ¿o sí? Ya no estaba seguro. Dentro de su confusión, sintió como si toda la justificación para su dolor se hubiera desvanecido. Como si el soporte para sentirse humillado, engañado e indignado perdiera todo su peso. Llegó a su cuarto y no tuvo ánimos para preparar comida. Empezó a leer las cartas que nunca envió. Sintió remordimientos por no haberlo hecho. De pronto hubiera cambiado el destino que lo agobiaba. Recordó el olvido de comprar los tiquetes esa mañana. Se sintió culpable. De nuevo una omisión suya le marcaba un sino trágico.

## A las ocho es la cita

**E**ra la hora de la siesta y la tarde empapaba el cuerpo de Jaime de sudor; sentía el rostro encendido y el aire pesado, denso. En un intento de evadir su situación se imaginaba, en vano, que estaba en Medellín tomando una ducha fría. El calor lo acorralaba, frustrando su sueño de fuga. Procuró dormir, pero sabía que no podría hacerlo y que, en cambio, lo abrumaría el paso lento de las horas. La ansiedad invadía su espíritu como la cascada de sombras a la noche. La cita era a las ocho. Hace años que no tenía una cita. Había apaciguado la fogosidad de su espíritu para dedicarse a su hogar y al trabajo, pero en ese momento estaba jubilado y un nuevo aire había llegado a su vida.

Sus compañeros de viaje, Humberto y Bernardo, dormían la siesta, mientras él

daba vueltas en la cama. Desde que llegaron al condominio La Aurora seguían una rutina estricta desde la hora de levantarse hasta la hora en que se iban a la cama en la noche. Parecía que el sometimiento por largos años a los horarios de trabajo domeñó sus espíritus y condicionó sus quehaceres diarios a planes predeterminados. Un empleado público repite sus funciones día tras día y ellos lo estuvieron haciendo por 30 años, y en ese momento, aunque tenían licencia para hacer lo que quisieran en la playa, no podían cambiar esa actitud forjada en el yunque del tiempo.

La somnolencia se apoderaba de Jaime. Él trataba de dormir imaginando los grandes senos de María Cristina. Fantaseaba acariciándolos, besándolos, mamándolos, mordiéndolos, cubriéndolos de arena para luego desnudarlos con las olas del mar. No tenía bonito rostro, pero sus pechos abogaban por su belleza, a los que se les aunaba un aire de coquetería que resultaba bastante seductor. La vio en la playa desde el primer día que llegó a La Aurora y le suscitó un gran interés. Ella, sin duda, se dio cuenta, aunque lo disimuló con adecuada discreción.

Esta actitud intensificó la atracción de Jaime. Después, con mucho tacto, se acercó a ella e intercambiaron algunas palabras en dos o tres ocasiones, hasta que se atrevió a invitarla al bar ese día por la noche. No había tiempo que perder, ya se terminaba su permanencia en el condominio y al otro día partiría para Medellín. A lo mejor no volvería a verla más.

A las seis de la tarde Jaime comenzó el ritual de los preparativos para su cita: tomó una ducha, acicaló su blanco cabello, se perfumó y vistió su mejor pantalón y camisa de verano. Sus amigos lo miraban con aire burlón. Él se hacía el desentendido, pues advirtió cierta envidia en ellos. De los tres fue el único que consiguió una cita.

Muy seguro de sí mismo salió de la cabaña con paso lento. Los almendros y las palmeras que bordeaban la vereda que conducía al bar se desmelenaban batiendo sus follajes. La noche cálida había extendido desde el mar una alegre brisa que mitigaba el calor. Jugeteaba en su pecho, en su rostro, en su cabello. Una sonrisa inevitable se dibujaba en su boca. A pesar de que la experiencia le había enseñado a ser precavido a la hora de crearse expectativas, el optimismo lo embargaba.

¿Por qué no habría de surgir de nuevo en su vida el diablillo del amor? Al brillante y filoso dardo de Cupido aún no le habían puesto límites ni temporalidades. En ese momento solo le preocupaba la puntualidad. A una dama no se le debía llegar tarde, aunque ellas sí lo hicieran. Pero María Cristina llegó tan puntual como él. Esto lo reconfortó, porque era muy angustiante esperar por largo tiempo a la mujer anhelada, sin tener la certeza de su llegada.

Jaime se explayó en amabilidad desde el primer momento y no fue difícil mantenerla, pues los dos coincidían en las mismas aficiones. Desde el aguardiente que se estaban tomando hasta los temas de conversación. Hablaron de música, literatura, cine y obviamente de sus vidas personales. Jaime estaba fascinado, nunca pensó que esa mujer que le había atraído solo físicamente, hasta ese momento, armonizara tan bien con él en el sentido espiritual, pues les gustaban géneros de música similares, libros similares y hasta habían visto las mismas películas.

Mientras tanto, en la cabaña, sus dos amigos, que por esa noche habían sido relegados, no tenían otro tema de qué

hablar sino de la cita de Jaime. Como es obvio y propio de su situación de excluidos, analizaron y evaluaron desde la belleza de la dama en cuestión hasta su situación familiar. Se figuraban la reacción de la esposa de Jaime si se enteraba de sus pasos de Juan Tenorio.

—Te imaginas donde se dé cuenta doña Ligia —decía Bernardo— ¡Esa mujer cómo es de brava!

—Lo pela bien peladito y después le echa sal, como dicen los muchachos de hoy en día —comentaba Humberto.

—El problema es que no lo vuelve a dejar salir con nosotros —decía Bernardo.

—Sí señor, quedamos vetados para toda la vida —respondía Humberto—, como dice el viejo adagio: “Cogidos juntos, colgados juntos”.

Sin embargo, en el fondo, pensaban que este encuentro no trascendería más allá de las vacaciones. Ahora, lo que les intrigaba era el comportamiento de Jaime después de las 12 de la noche, cuando cerraran el bar. Por experiencia sabían que si empezaba a tomarse sus aguardientes, no se conformaría con media botella y no se acostaría temprano.

Y sobre todo querría escuchar su colección de tangos que precisamente había llevado a La Aurora. A eso de la media noche fueron a espiarlos para ver qué rumbo tomarían. Humberto asumía que Jaime se iría solo a la cabaña a continuar su noche de parranda; Bernardo no estaba tan convencido de ello. En caso de que Jaime se fuera para la cabaña, esto no les representaría un gran problema, pues sabían cómo controlar la situación y obligarlo a irse a dormir. Los amigos, después de muchos años, se van conociendo sus mañas y cómo contrarrestarlas. Con sorpresa comprobaron que sí se dirigía a la cabaña, pero acompañado de María Cristina y con media botella de aguardiente en la mano. Previendo la situación que se les avecinaba, pues asumían que no los dejarían dormir, comenzaron a idearse la manera de esconderle la grabadora, dado que esta sería la fuente de mayor ruido. El aumento de los mililitros de alcohol en el cerebro es directamente proporcional al aumento de decibeles en la música. Pero pronto se encontraron con una dificultad. Las cabañas de recreo tienen pocos muebles y aditamentos para esconder un aparato

del tamaño de una grabadora. Evaluando varias opciones, rápidamente, pues ya los enamorados se acercaban, optaron por esconderla en el congelador.

—Jaime nunca entra en la cocina, no debe saber abrir la nevera —fue el argumento de Humberto.

Además el hielo estaba visible en una bolsa grande en uno de los compartimentos accesibles de la nevera sin necesidad de abrir el congelador. Luego de hacer la pillada se encerraron en la habitación y simularon dormir.

Cuando Jaime llegó con María Cristina el silencio habitaba la cabaña. Fue un gran alivio para él que sus amigos durmieran, pues no quería, en ese momento, intrusos entre los dos. Luego acomodó a la invitada en el corredor, pues la noche, con su vestidura de estrellas, acompañada del follaje de los almendros y palmeras, era el escenario ideal para el romance. Dotó la mesa de copas, vasos y cenicero de cristal, y se dispuso a buscar la colección de música y la grabadora. El pretexto de la invitación de María Cristina a la cabaña era que escucharan los tangos de su predilección.

Jaime, que hasta ese momento estaba jubiloso, empezó a sentirse contrariado, pues no encontraba por ninguna parte la grabadora. Después de una búsqueda exhaustiva tuvo que acudir, muy a su pesar, a sus amigos. Golpeó la puerta de la habitación con delicadeza y dijo en un tono moderado:

—Humberto, ¿dónde está la grabadora?

Nadie le respondió. Así que insistió en un tono más alto:

—Humberto, la grabadora.

El silencio era abrumador. Había algo que le daba muy mala espina, ya que sus amigos no tenían un sueño pesado. Así que no era posible que no lo hubieran escuchado. Intuyó, entonces, que no era fortuita la pérdida de la grabadora, que detrás de ello estaba la fragua maligna de su amigo Humberto.

Golpeando la puerta con energía y con un tono firme repitió por tercera vez:

—¡Humberto, la grabadora!

Su exasperación había subido de un modo considerable, sin embargo, respiró profundo y luego, más calmado, buscó ayuda en el segundo de sus amigos.

—Bernardo, ¿dónde está la grabadora?

El silencio le confirmó su alianza con el otro y que era poco probable que la encontrara.

Se sentía desconcertado. ¿Cómo era posible que sus amigos le hicieran eso? Ofendido y humillado comenzó a espetarles insultos de una manera airada, mientras detrás de la puerta sus amigos sostenían con fuerza las manos sobre la boca para contener la carcajada. María Cristina, por su parte, miraba expectante, contrariada. La situación le parecía tan bochornosa que no sabía qué pensar.

Después de su desahogo, Jaime fue recuperando la calma poco a poco. Con su mente despejada se le ocurrió una gran idea: illevar a María Cristina a la playa! Podría ser incómodo, pero ¿cuántos boleros no hablan del nacimiento del amor a la orilla del mar y bajo la luz de la luna? Así que la invitó y María Cristina lo siguió más confundida que convencida. Sin embargo, la puerta del condominio que conducía a la playa estaba cerrada y los celadores no se encontraban por ninguna parte. Jaime se sentía desolado, no era posible que las cosas fueran tan mal.

Lo que auguraba que sería una espléndida noche estaba por perderse. Apelando al último recurso, invitó a María Cristina de nuevo a la cabaña. Allí se tomarían algunos tragos, aunque fuera sin música, pero ella, que venía elaborando en su interior la cantidad de obstáculos y contratiempos de esa noche, reaccionó negativamente.

—¿Con esos amigos suyos en la cabaña?, ni riesgos.

Jaime se tuvo que ir solo para la cabaña, tirando de sus cabellos y mordiéndose los labios para no gritar de ira. A la mañana siguiente, sin mediar palabra, empacó su maleta y regresó a Medellín.

## El último café

La tarde, abrumada por la cerrazón que loculta el horizonte, se viste del color de la melancolía y unos enlutados nubarrones lastimados por la ventisca amenazan con romper en llanto. “Si llueve es posible que no asista a la cita” —piensa Roberto mientras gira intermitentemente la cuchara en el café—, “aunque ella dijo que era importante que habláramos”. El lugar empieza a colmarse de clientes que, precavidos, huyen de la lluvia. Roberto se inclina sobre la mesa, repiquetea el talón de su pie derecho contra el piso, estira las manos y se las frota con vigor. Lo invade el temor de que María falte de nuevo a la cita; sin embargo, ella llega apresurada, unos instantes antes de que se precipite el chaparrón. Se sienta al frente de Roberto, no al lado, como de costumbre, y pide un café. El aguacero, robusto, irrumpe

como una gran orquesta interpretando una sinfonía del dios del rayo. Roberto advierte la ansiedad de María. Ella, titubeante, le habla de algunas situaciones cotidianas y de su madre, que la atormenta continuamente con sus dolencias. Ambos saben que es hipocondriaca. Roberto la examina con detenimiento. Quisiera intuir lo que se trae entre manos, pero algo en su interior se niega a saberlo. Quiere que el tiempo se detenga, que queden prisioneros en una especie de magia: María y él, así, juntos, contemplándola por la eternidad; aunque no es la mejor expresión que recuerda de ella. María, por fin, respira profundo y le dice:

—Roberto, me voy del país.

Una ráfaga de viento se cuele en el lugar y estruja el ala de una ventana que se golpea con fuerza. El dependiente se apresura para asegurarla, pues a varios concurrentes los ha alcanzado un chapuzón.

Roberto guarda silencio, no sabe qué decir, ni entiende el alcance de las palabras de María. ¿Irse del país? ¿Por cuánto tiempo? ¿Cuándo? ¿A dónde? ¿Por qué? Ante el silencio de Roberto, María prosigue:

—No te lo había querido decir porque no estaba segura de que se definiera el viaje, pero ya es un hecho. Ya tengo la visa y me van a dar un contrato como enfermera en Barcelona. Voy a vivir con mi amiga Paola.

Dos feligreses entran empapados al sitio, a pesar de que llevan paraguas. Los cierran y se quitan sus abrigos, que destilan agua.

—¿Y nosotros qué? —dice por fin Roberto— ¿Qué va a ser de nuestra relación?

—Nos podemos llamar, escribirnos, chatear. No te preocupes, seguiremos en contacto.

Estas palabras le suenan a evasión. Es una forma soterrada que utiliza María para darle fin a su noviazgo. En un intento desesperado por evitar lo inevitable le dice:

—Pero no podremos vernos, caminar juntos, ir al cine, amarnos.

—Eso no es importante ahora, Roberto, estamos hablando de mi futuro.

—Ya te dije que quiero que nos casemos, que tengamos hijos, un hogar —dice Roberto.

—No, Roberto, yo no quiero un esposo, ni unos hijos; aún estoy muy joven: quiero vivir, viajar.

La lluvia, que había amainado un poco, vuelve a tomar vigor. Enfadados goterones bombardean los cristales. Los concurrentes se ven despreocupados. Saben que no escampará pronto.

—¿Y esto que tienes aquí con tu familia, con tus amigos, conmigo, no se puede llamar vida?

—No, me siento acorralada, quiero escapar, ir a otros lugares, sentir su brisa, su sol, conocer su mar.

—A donde vayas irás con tu malestar, no podrás escapar de ti misma. Además, el mar es igual en todas partes, de pronto más frío, pero el mismo; y sale el mismo sol.

—Siempre he soñado con viajar, tú lo sabes. Conocer otros países, otra gente.

—Tal vez con un español sí te quieras casar, como tu amiga Paola.

—No seas estúpido. ¿Además, para qué te quieres casar? Con tu sueldo y el mío viviríamos en la pobreza. En España puedo ahorrar el dinero para vivir cómodamente.

Unas ráfagas de viento fustigan la tempestad. Un remolino se forma en la calle y levanta por el aire el improvisado techo de un puesto de frutas. El sorprendido comerciante,

paralizado, mira cómo la naturaleza le arrebató el cobijo de su mercancía.

—No te vayas, María, no me dejes.

—Ya está decidido, Roberto, me voy.

—¿No me quieres ni un poquito?

A María se le descompone el rostro en una mueca de dureza.

—No entiendes que ya no te quiero, que me molesta tu presencia. No quiero volverte a ver.

A Roberto se le encharcan los ojos. La fatídica tormenta cesa, como una sinfonía que, ascendiendo gradualmente en sonido e intensidad, de pronto se quiebra en un silencio. Los concurrentes se vuelcan a la salida. El dependiente se desplaza de un lado a otro.

—Adiós, Roberto —dice María. Se levanta y sale del lugar sin mirar atrás.

## En el Café

John Jairo Pérez, acodado en la mesa del Café, con la mirada perdida en el horizonte, reflexiona sobre lo que va a ser de su vida. Hace más de una hora permanece inmóvil tras una cortina de humo. Parece petrificado por la noticia que recibió cuando llegó a su lugar de trabajo en la mañana. La secretaria, con voz tensa, le informó sobre la finalización de su contrato. Con una mirada escrutadora, examinó el rostro de John Jairo, adivinando la reacción que tendría, mientras con un ademán trataba de decir: “Lo siento”. Sin embargo, él se quedó rígido, manteniendo su compostura. Recibió la carta de despido y se fue sin decir palabra.

Los habitués del lugar continúan con sus quehaceres. Los obreros pasaron temprano, para tomar café y fumar un cigarrillo, antes de ir a trabajar. Solo quedan los comerciantes,

los jubilados y los desempleados, que forman grupos y charlan despreocupadamente sobre situaciones cotidianas: el cambio de clima, el triunfo del equipo local de fútbol el fin de semana, la caída del dólar, el aumento del desempleo, las amenazas del Presidente a la guerrilla.

Varios fueron los afectados. Hace meses acechaba la noticia. Los rumores anunciaban que habría recorte de personal. Sin embargo, John Jairo, ante la angustia que le generaba esa posibilidad, evadía el tema, esperando que, al ocultarse tras una cortina imaginaria, él no correría tal suerte. Por eso, no trató de adelantarse a la situación buscando otro empleo o alternativa para sus ingresos. Hacía varios años estaba en esta empresa y se sentía cómodo. Atendía sus funciones, que ya sabía de memoria, y solamente esperaba que pasara el tiempo para jubilarse. Lo único que le generaba cierta molestia era el tedio de la rutina. Todos los días parecían iguales, y nunca ocurría algo extraordinario que agitara las aguas de la cotidianidad. Pero ahora sí que había ocurrido algo, aunque no era precisamente el golpe de suerte que le aumentaría su fortuna en vez de mermársela.

La empleada que atiende las mesas hace chanzas con los concurrentes, se le acerca a John Jairo y le pregunta que si quiere otro café bien cargado, como de costumbre. Él asiente con la cabeza, sin modular palabra, toma la cajetilla de Boston que está sobre la mesa y enciende otro cigarrillo.

Cuando se graduó en el Tecnológico, la vida le prometía mucho. Consiguió empleo rápidamente y se casó con la novia que visitaba desde el bachillerato. Había que tener los hijos pronto, no fuera que le llegaran los años de adultez mayor criando niños. Su ideal había sido constituir una familia, con una mujer que amaría para toda la vida, y adquirir una casa propia; lo demás vendría por añadidura. Al principio todo iba a pedir de boca. Pronto llegaron los hijos, y con las cesantías que había acumulado pagó la cuota inicial de la casa. Pero, después de un tiempo, las cosas no eran como las había imaginado. El matrimonio que había idealizado no era tal; la pasión se extinguió, por la costumbre de la convivencia, y solo quedaron los hábitos comunes y el hastío. Y parece que el hastío no solamente lo invadía a él. Los reproches persistentes de su mujer, el mal humor, los

silencios prolongados con mala cara, daban cuenta de que ella también estaba cansada con la relación. Pero ya no había forma de echarse para atrás; tenía una obligación que cumplir, otras bocas que alimentar, una hipoteca por pagar. Siempre había sido responsable. Había puesto los deberes por encima de su gusto personal; su padre se lo había inculcado categóricamente. ¿Y ahora qué haría? ¿Cómo pagaría las cuentas, los colegios, la hipoteca? Parecía que el mundo se había derrumbado. Ya no era joven, a lo mejor no conseguiría un trabajo con todas las garantías, como el que acababa de perder. Vendría el tiempo de las vacas flacas. Sus hijos tendrían que ir a un colegio público, y a lo mejor ya no podrían ir a la universidad. ¿Y su casa? Podría perderla si no pagaba las cuotas a tiempo. El futuro se le presentaba abrumador.

Uno de los parroquianos se acerca al traganíquel, introduce unas monedas, y en el Café irrumpe la melodía de un tango.

*Con la noche enfrente, removiéndome,  
dolorosamente a mi conciencia pregunté:  
¿Pa' qué seguir? Cada paso por la vida  
es un fracaso, es una herida más.*

*Mientras que luchando por no ser y por vivir  
me despedazan el deber y mi sentir.*

Las copas de aguardiente y los vasos de cerveza hacen presencia en el lugar. Ya son las diez de la mañana y se puede consumir licor abiertamente, aunque todos saben que algunos clientes lo estaban tomando en pocillos, simulando que era café.

¿Quiénes eran estos sujetos? ¿Acaso su oficio era permanecer en este Café todo el día? ¿Y, para colmo, embriagándose? Él, como su padre, no tenía el hábito de embriagarse. Solo en diciembre, esporádicamente, el 24 o el 31, dado que eran fechas especiales, de festividad. Era algo que no podía permitirse dentro de su economía tan limitada. ¿Y cómo podían vivir así? Por lo que había visto en las ocasiones en que frecuentaba el lugar, algunos negociaban con autos usados, o eran intermediarios en compra y venta de finca raíz, o vendedores de libros. En pocas palabras: vivían al garete, pertenecían a la economía del rebusque. ¿Sería que él iba a terminar así: en un Café como oficina, buscando el dinero de cada día? ¿Y los otros, los que no eran del comercio del rebusque

siquiera? ¿Que estaban a la espera de que alguien los invitara a un café o una cerveza? Él siempre había estado ocupado, desde que tenía memoria: asistió al preescolar; después del bachillerato fue a estudiar en el Tecnológico, y de ahí a trabajar en la empresa que lo acababa de despedir. Durante las vacaciones de estudio, desde la adolescencia, ayudaba a su padre en el almacén de abarrotes. Y las vacaciones de la empresa habían sido al final del año, en las cuales todo el tiempo se está ocupado en los preparativos y cuestiones de Navidad. Ahora se sentía desubicado, no podía concebir su vida sin algo que hacer. Es verdad que había soñado con su jubilación, para no tener que trabajar. Y ahora que de pronto no tenía trabajo se sentía confundido. Tenía necesidad del horario establecido. Por lo regular había sido puntual a la hora de llegada y salida de sus labores. Primero su madre, y luego su esposa, se habían encargado de estar pendientes para que cumpliera con su horario a cabalidad. Pero sabe que a partir de ahora su vida va a cambiar. Paga la cuenta en el Café, y se dirige a casa para darle la noticia a su mujer.

## El músico

### I

Cuando Horacio se despertó eran más de las nueve de la mañana. Se lo indicó el sol que se filtraba por las rendijas de la ventana y señalaba la mitad de la habitación. Se levantó con gran dificultad, pues sus pies le dolían intensamente, y se dirigió, todavía somnoliento, al lavamanos. Su boca tenía un sabor amargo, tomó un sorbo de agua para quitar ese gusto y se miró en el espejo pasando su mano por el rostro; tal vez, con la esperanza de notar alguna mejoría en su aspecto.

“En la mañana me veo más horrible que de costumbre”, se dijo mientras buscaba la crema dental y el cepillo de dientes. Los párpados caídos, las ojeras y contornos de los ojos que parecían un palimpsesto, los ojos enrojecidos, las cejas tupidas y blancas,

las profundas arrugas de su frente, las flácidas mejillas, la nariz ancha que parecía una gran fresa y el poco pelo plateado y enmarañado daban cuenta de ello. Abrió el viejo botiquín y se dispuso a tomar las pastillas de la mañana. Eltroxín, para la tiroides; Captopril, para la presión arterial; Colchimedios, para la gota; y Omeprazol, para la gastritis.

Su hermana Fabiola ya estaba en la cocina preparando el almuerzo. Casi siempre usaba delantal, salvo los domingos que vestía medio luto cuando iba a misa, o en las ocasiones en que asistía a las honras fúnebres de algún familiar o conocido. Aunque era un año mayor que él, parecía diez años más joven; tal vez por la vida de Horacio, que había transcurrido entre trasnochos, licor y cigarrillo, o por el simple hecho de que las mujeres de su familia, siempre habían aparentado menos años de los que tenían.

—Buenos días, Horacio —le dijo Fabiola, mientras se secaba las manos en el delantal—, el desayuno está sobre el fogón.

Vivía con ella hacía cinco años; desde el día en que su mujer, Patricia, en uno de sus

episodios de cólera, le exigiera en voz alta que se fuera de la casa. Él miró a sus hijas como pidiéndoles ayuda. Pero el silencio de ellas, a la vez que le esquivaban la mirada, dirigiéndola a la madre, le reveló que la apoyaban.

## II

Conquistó a Patricia cuando estaba llegando a los 30 años, ahora tenía 60. En ese entonces era guitarrista, junto con sus dos amigos Abel y Marcial, del famoso cantante de boleros Roberto Calderón. Le llevaba a Patricia serenatas de forma permanente y terminó casándose con ella, a pesar de que la madre de Patricia hubiera preferido un yerno ingeniero como su padre. Pero la carrera de músico de Horacio prometía mucho al lado de tan eminente cantante.

Sin embargo, cuando Roberto Calderón obtuvo un gran contrato en el exterior, se olvidó de sus guitarristas y partió solo a conformar un nuevo conjunto. “Así lo exige el contrato”, le dijo al trío, que se quedó desconsolado en el país. Al principio, los restaurantes y estaderos que contrataban al gran bolerista los acogieron en sus

presentaciones, puesto que los conocían y todavía surtía efecto el hecho de que estuvieron a la sombra de este. Pero poco tiempo después, las contrataciones fueron menos frecuentes y luego esporádicas. Definitivamente, el trío de guitarristas, sin el gran cantante, no tenía la misma categoría.

Los problemas económicos se hicieron evidentes. Patricia ya tenía su segunda hija y para ella fue obvio que no debía tener más, como lo hubiera querido. “Estaban buscando el varoncito”: fue lo que dijo su madre a las amigas que frecuentaba. Buscó un empleo, puesto que no podía esperar la manutención de un músico fracasado; y su padre, utilizando sus influencias, le consiguió uno de secretaria ejecutiva en una prestigiosa empresa. A partir de ese momento, el sostén del hogar estuvo a cargo de ella.

Horacio se resistía a aceptar su fracaso en la música. Con sus dos amigos insistieron en bares y restaurantes, ahora de poca monta; pero acabaron ofreciendo sus servicios directamente a los clientes, en las mesas de los establecimientos, que tenían la cortesía de aceptarlos para que ellos

podrían hacer su pequeña presentación por un poco de dinero. Luego terminaban la noche en algún lugar que funcionara las veinticuatro horas. Allí, por lo regular, llegaba en estado de embriaguez algún marido entrado en desgracia o un hijo arrepentido, en busca de algunos músicos para llevar una serenata en las horas de la madrugada.

Esta rutina la siguió Horacio durante varios años con cierta tranquilidad, puesto que su mujer estaba al frente del sostenimiento del hogar, hasta hace cinco años que padeció dos pérdidas: una, la expulsión de su casa, y la otra, la muerte de su amigo Abel, que lo había acompañado durante muchos años. Juntos habían pasado muchas crisis, como la separación de Roberto Calderón del conjunto. Esto deja marcados a los amigos. Parece que los momentos difíciles, más que los de bienestar y diversión, son los que afianzan la amistad. Estos dos acontecimientos dejaron abatido a Horacio, que estaba decidido a dejar la música.

Al ver a Horacio en ese estado de depresión, Marcial lo alentó para que siguieran con la música.

—A esta hora del partido no podemos cambiar de oficio—le dijo—. ¿A qué nos vamos a dedicar si no sabemos hacer otra cosa?

Horacio se animó de nuevo porque no podía depender económicamente, por completo, de su hermana. Entre los dos acordaron no buscar otro compañero. A pesar de que todo el repertorio requería de tres instrumentistas, sentían que nadie podía colmar el vacío de Abel. Así que acomodaron los temas para dos instrumentos y a partir de ese momento fueron un dúo. Sin embargo, por la pérdida del compañero y el peso de los años, que son implacables, su jornada de trabajo se redujo desde las seis de la tarde hasta las dos de la mañana, momentos en que llegaban los amigos de la bohemia a los establecimientos nocturnos.

### III

El lugar donde vivía Horacio con su hermana era una casona grande de paredes altas y puertas de dos alas. El techo era de madera con tejas de barro y cielo raso, lo que generó el problema de que los gatos, buscando las aves y sus nidos, lo tomaran como espacio para la caza y cortejo de

reproducción. La distribución era en forma de galería en dos secciones, con un pasadizo intermedio que la atravesaba desde la puerta principal hasta el último patio. Sala y habitación principal, en la parte delantera; un patio, comedor y demás habitaciones, en la parte intermedia; y cocina, baño y un segundo patio, en la parte de atrás. Horacio vivió allí su infancia con sus padres y tres hermanos. Con la mayoría de edad cada hijo fue haciendo su vida independiente y casándose, salvo Fabiola, que se quedó al cuidado de los padres, que ya habían muerto. Por eso, cuando Horacio fue expulsado de su familia, ella lo recibió gustosa por la compañía que le significaba en esos años de adultez, que había pasado últimamente con un viejo gato, que ahora solo dormitaba junto al fogón de la cocina. Sin embargo, el gusto se le fue convirtiendo en cierta molestia por la diferencia de costumbres que habían adoptado en esos años de separación y por el evidente hecho de que Horacio tenía pocos recursos económicos para aportar a la alimentación y el mantenimiento de la casa. Si bien su padre le había heredado algún dinero que

le proporcionaría su sustento en los años de vejez, no lo podía malgastar puesto que no tenía renta o pensión.

—El techo está pa' caese —le dijo Fabiola mientras Horacio desayunaba—. Don Arnulfo vino a revisar la gotera del comedor y me dijo que las vigas estaban desechas por el comején. Un día de estos se nos va a caer el techo encima.

—¿Y es muy caro el arreglo? —preguntó Horacio mientras se limpiaba la boca con una servilleta.

—Pues, caro sí es, pero se puede ir reparando por partes. Lo primero es lo del comedor, después miramos con qué se sigue —repuso Fabiola mientras revisaba la olla donde se cocía la sopa.

—Yo no tengo plata. En estos días no ha habido casi trabajo. Ya la gente prefiere los mariachis y los grupos de vallenato —dijo Horacio mientras se levantaba molesto. Cuando se trataba de exigencias de dinero se incomodaba y trataba de evadir el tema.

—Pues, hay que hacer la forma de conseguirlo, porque no podemos dejar que se caiga la casa —respondió Fabiola con voz airada y el ceño fruncido.

La casa había permanecido sin reforma desde que la habitó la familia en los primeros tiempos. Fabiola se había dedicado a que las cosas permanecieran en el mismo lugar. Los muebles de madera de cedro y comino crespo los cuidaba con mucho ahínco. El comedor era color caoba, de mesa rectangular de seis puestos, con los taburetes forrados en cuero. En él la familia se había reunido de una forma religiosa a la hora de la comida y el almuerzo del domingo. Ahora los dos hermanos comían en una pequeña mesa que estaba en la cocina. La sala era de estilo español con las patas y espaldares torneados; con cojines cuadrados removibles, compuesta de un sofá grande, tres sillas, mesa de centro y auxiliar. Antaño, se recibían allí las visitas y ahora también permanecía deshabitada, pero en orden y con una limpieza impecable.

Después del almuerzo Horacio dormía una siesta. A eso de las cuatro y media de la tarde se levantaba para tomar un baño y luego se vestía con un traje gastado y raído —que ya había pasado de moda hacía años—, camisa blanca y corbata a rayas. Tenía dos conjuntos en las mismas

condiciones para cambiarse entre semana; y un tercero, un poco más nuevo, que lo usaba en ocasiones especiales. Había que ser prevenido. De pronto se obtenía alguna contratación en un lugar importante. Comía algo ligero, y a las cinco y media tomaba la guitarra que reposaba en un estuche barato y desteñido, y salía a encontrarse con su amigo Marcial en el lugar convenido, para hacer la correría que habían trazado para esa noche.

Pero en esta ocasión el teléfono timbró a las cinco de la tarde, mientras Horacio se vestía. Fabiola recibió la llamada. Fue a la cocina y luego al baño. Tenía el rostro descompuesto. Horacio supo que pasaba algo grave y que ella no se atrevía a decírselo. Tenso, esperó a que ella se decidiera a hablar. Fabiola al fin se le acercó y le dijo:

—Acaba de llamar la señora de Marcial. A él le dio un infarto ahora por la tarde. No alcanzó a llegar vivo al hospital.

—¿A él? ¿A cuál él? —interrogó Horacio. Estaba confundido. Era claro que llamó la señora de Marcial. ¿Pero a quién se refería ella cuando luego decía “a él”? La duda pronto se le desvaneció.

—Pues, quién va a ser él, pues Marcial —repuso Fabiola.

Horacio se quedó mudo, se puso pálido y más tenso de lo que estaba. Nunca había sido hombre que expresara sus emociones verbalmente y mucho menos que llorara. Solo cuando estaba embriagado.

Fabiola se fue a cambiar la ropa por su vestido de medio luto, para acompañar a su hermano a la velación de Marcial; y Horacio, esa tarde, vistió su traje para ocasiones especiales.

## Pasiones de fútbol

Sí, Roberto, ayer llegaste embriagado, pero no te preocupes, no hiciste nada indebido. Con la ebriedad te vuelves afectuoso, un poco efusivo y conversador, pero nada para inquietarse. Obviamente, solo querías hablar de tu sobrino Jorge y es natural, y también, que enjuagaras unos lagrimones; fue una muerte tan absurda. Transcurrirá mucho tiempo para que superemos esta pérdida y se mitigue el dolor —aunque quién sabe si el dolor se mitigue, más bien, uno se acostumbra a él—. Querías saber qué pasó ese día porque yo estuve allí. Te sentías culpable porque fuiste como un padre para él, el que no tuvo. Pensaste que hiciste algo mal, que si hubieras actuado de un modo distinto, él no habría muerto. Libérate de cualquier responsabilidad. Le advertiste que el fútbol era su pasión,

pero que no llegaría al profesionalismo. Lo alentaste para que trabajara mecánica en tu taller. Así aprendería el oficio, le ayudaría a su mamá y después podría casarse con Marcela. Si uno aprende un oficio, puede vivir de él toda la vida, aunque sabemos qué con modestia.

Por el ambiente en que vivimos es normal que todos los muchachos del barrio soñáramos con ser grandes estrellas del fútbol. No es lo mismo enterarse de los futbolistas por la radio y el periódico, que criarse en el barrio La Floresta, viendo jugar, en los vacacionales que se realizaban cada fin de año, a grandes del balompié como Mario Agudelo, Orlando Maya, Óscar López, Tucho Ortiz, Cunda Valencia; conociendo sus familias, oyendo sus hazañas en cada esquina, de alguien que las vivió con ellos: la ovación a Cunda Valencia en el Pascual Guerrero cuando quedó campeón con el Cali y el triunfo del mismo Cali en Buenos Aires ante River Plate, en una Copa Libertadores.

Yo, que estuve al lado de Jorge, sé que siempre había soñado con ser uno de ellos: aclamado por hinchas frenéticos, solicitado por los medios de comunicación,

reconocido y admirado donde quiera que fuera, inclusive en el exterior; pero sabemos con certeza que después de los 21 años es difícil llegar al profesionalismo. Los jugadores de las inferiores de Medellín y Nacional apenas alcanzan los 17 años. Jorge tuvo que conformarse con ser un obrero que tendría un sueldo modesto y, como decía él: “estoy condenado a seguir reproduciendo la pobreza de mi familia”.

Roberto, sabes que su paliativo era jugar con nosotros los fines de semana en los campeonatos barriales, que se realizaban en las canchas de La Floresta y Santa Lucía. Ese fin de año se sentía un poco más satisfecho, menos frustrado, había llegado a su mejor nivel y estaba en una buena racha goleadora, a puertas de alcanzar el botín del mejor artillero del campeonato.

El problema se inició en la semifinal con “Los Tupamaros”, equipo del sector de El Coco. Jorge jugó un buen partido a pesar de que Rogelio, el infame, el vil, la bestia que jugaba de defensor central de “Los Tupamaros” ejercía sobre él una presión asfixiante, era como una pegadilla que le respiraba en la nuca, que le entorpecía su

movilidad. Jorge buscaba con desesperación librarse de esa masa sudorosa que lo seguía a todas partes. Permanentemente lo agarraba de la camiseta, de la pantaloneta, del hombro, de un brazo, y todo esto sin que el árbitro se diera cuenta. Rogelio era un marrullero, todos los delanteros que lo sufrieron dieron cuenta de ello. Como si fuera poco, a cada momento le espetaba injurias para desanimarlo psicológicamente. Le decía: “Vos sos un malo”, “parecés un mariquita”, “qué tullido sos vos”, “qué loca”, “tiene más garra una gallina”. Además, Rogelio era corpulento, parecía un gladiador.

Jorge le toleró los insultos sin contestarle, no debía perder la concentración y necesitaba ahorrar energía, que se evaporaba rápidamente en aquella calurosa tarde. Además, Rogelio era un pendenciero de respeto en El Coco, era famoso por sus peleas en las juergas de trasnocho y alcohol. Cuando el partido estaba por finalizar, Jorge le hizo una gran jugada a Rogelio y anotó un gol a “Los Tupamaros”, que era el tiquete para la final. Embriagado de emoción, Jorge gritó el gol a rabiar, como todos nosotros, y

cuando corríamos tras él, para abrazarlo y celebrar, se encontró con el descompuesto y sudoroso rostro de Rogelio. Y no supo por qué, tal vez por un acto reflejo, le gritó el gol en el rostro con todas las fuerzas. Rogelio, hombre que se ofuscaba con la menor molestia, reaccionó con gran agresividad. Nosotros rodeamos a Jorge para que no fuera agredido por Rogelio y el arquero, que lo buscaban afanosamente para golpearlo. Fue tanta la trifulca que el árbitro tuvo que terminar el partido, expulsando a la vez a Rogelio y al guardavallas, que estaban incontrolables.

De todos los gritos e insultos, lo que entendimos con claridad fue la amenaza de Rogelio:

—Sabés qué malparido, me las vas a pagar. Te voy a enseñar a respetar a los varones. No me cantés el gol en la cara, hijueputa.

Jorge se quedó preocupado. Rogelio era un hombre de temer. Yo traté de tranquilizarlo cuando le dije:

—Fresco, hermano, cuando las cosas se enfríen, el man se va a calmar. Tampoco fue nada del otro mundo; son cosas del acaloramiento del fútbol.

Tal vez yo tengo parte de culpa en este asunto, debí preocuparme más por las consecuencias de ese acto. Hablando después con él, no entendía por qué le había enrostrado el triunfo a su adversario. Es cierto que sintió un gran placer al burlarlo y anotar el gol después de haber recibido tantos oprobios; pero había soportado todos los insultos y empujones sin salirse de casillas. Cualquier jugador con experiencia sabe que debe evitar las provocaciones del contrario. En las ligas profesionales, mofarse del oponente conduce a la expulsión, pues esto enardece los ánimos de los hinchas que en ocasiones se vuelven incontrolables y destructivos. En este campeonato barrial ni siquiera le habían sacado la tarjeta amarilla y podía jugar la final, pero se había ganado un enemigo, nada despreciable. Sabía que en adelante tendría que andarse con cuidado en el barrio y en los alrededores de las canchas de La Floresta y Santa Lucía, que eran los lugares de encuentro con sus amigos y que Rogelio también frecuentaba. Obviamente, no iba a encerrarse en la casa y, menos aún, a huirle si se lo encontraba, eso sería

para cobardes y vos sabés que el cobarde en un barrio pierde todo reconocimiento y él ya había ganado bastante siendo el goleador del campeonato. Y Marcela no querría casarse con un miedoso, ¿quién la defendería si alguien la ofendiera?

En contraste, sentía una tibia satisfacción, porque habíamos llegado a la final y precisamente con un gol suyo. Los compañeros del equipo y los muchachos del barrio lo felicitábamos y halagábamos, pero a él no le parecía que hubiera hecho gran cosa, no se conformaba con tan poco. Igual seguía sintiendo una especie de insatisfacción, de acorralamiento, de frustración. Más bien, trataba de imaginarse cómo sería llegar a una final del fútbol profesional, de una Copa Libertadores o un campeonato mundial.

El sábado de la final, el equipo ya había preparado la celebración del campeonato, organizada por la fanaticada del barrio, entre los que sobresalía Marcela. La noche era cálida, propicia para festejar. Como lo esperábamos, quedamos campeones y con una anotación de Jorge que lo ratificó como el goleador del campeonato. Todos los

muchachos del barrio saltaron al gramado cuando el árbitro dio el pitazo final y señaló el centro de la cancha. La celebración se inició entre cánticos y saltos en un tremendo barullo. Vi a Marcela festejando con las muchachas en las graderías.

Ninguno de los que celebrábamos advertimos que Rogelio se aproximaba al tumulto del jolgorio. Solo el Gato, que estaba en la gradería, lo vio silencioso y con los ojos afiebrados por el odio. Sin mediar palabra se acercó a Jorge, que apenas lo vio cuando ya lo tenía al alcance de la mano. Rogelio extendió un cuchillo propicio para matar ganado que tenía oculto en el antebrazo y le propinó a Jorge una puñalada violenta y certera.

Yo vi cómo a Jorge se le doblaron las piernas cuando se desplomó. En ese momento no entendía nada, después fue que lo comprendí todo. Me le acerqué inmediatamente y lo encontré boca arriba. No le vi en el rostro ninguna mueca de dolor; su tórax estaba empapado de sangre. Le noté un dulce deseo de abandono. Rogelio no se detuvo en ningún momento, ni apuró el paso. Simplemente bajó el cuchillo y de

nuevo lo puso paralelo al antebrazo para que nadie lo notara y se escurrió con facilidad entre la multitud. Los otros compañeros, por la euforia que vivían, tardaron unos instantes en percatarse de lo ocurrido. Lo levantamos apresuradamente para conducirlo a la Unidad Intermedia de San Javier. Marcela nos miraba desconcertada cuando nos acercábamos con él en los brazos. Luego, vi que su rostro se desencajaba con una mueca de espanto. Lo subimos a un taxi. Marcela le sostenía la cabeza en su regazo. Muda, como si algo se le hubiera atravesado en la garganta, temblaba como una hoja; sus ojos llorosos parecían desorbitados. No supimos en qué momento expiró, solo que llegó muerto a la unidad hospitalaria.

## El hincha

**E**n el 2002 el Deportivo Independiente Medellín, al que sus hinchas llaman “el Poderoso” o “el Rojo”, llevaba 45 años sin alcanzar un campeonato. En el lejano 1957, en el que el fútbol colombiano se daba el lujo de tener buenos jugadores argentinos, brasileros y uruguayos, el DIM dio su segunda vuelta olímpica, de la mano de su histórico goleador, venido del equipo xeneize de Argentina, José Vicente Greco. Pero de ese glorioso pasado en el que lo llamaban de una manera justa “La danza del Sol” no quedaba ya ningún vestigio, solo un fugaz campeonato que tuvo por cinco minutos en 1993, hasta que el Atlético Junior se lo arrebató, ganándole al América de Cali en Barranquilla. Este hecho le dio una humilde esperanza al hincha de que su equipo del alma le brindara la inefable alegría de levantar

una copa nuevamente, pero se desvaneció como una fantasía ante el frío golpe de la realidad. Por lo demás, el que por herencia o desafortunada identificación, tal vez un martes trece, le aconteciera empezar a ser hincha del DIM, tenía siempre la sensación de que nunca iba a ser campeón. Ser hincha de este equipo era como expiar una culpa, o como le decían los hinchas del Atlético Nacional, el equipo rival de patio, “es más bien una enfermedad”.

—Nosotros no vivimos de resultados —decía Suso, hincha fervoroso del DIM.

—Es que si vivieran de resultados hace mucho rato que se hubieran muerto de hambre —le contestaba Rubiela, su mujer.

Suso era un habitante del barrio Robledo, que llegó allí a los dos años de edad con sus padres y hermanos desde el municipio de Andes. Se convirtió en hincha del DIM por influencia de su tío Roberto, quien lo llevaba desde pequeño al estadio a ver los partidos del Poderoso. Así la afición del tío se convirtió en afición y fanatismo del sobrino. Desde ese tiempo usaba atuendos del color del uniforme del equipo y se trezaba en acaloradas discusiones con los

“verdolagas” como le dicen a los hinchas del Nacional.

Las discusiones eran alimentadas por las opiniones que emitían los comentaristas deportivos de la radio y la televisión, que se convertían en verdades indiscutibles, en palabras sagradas que se recitaban como versículos de la Biblia, al punto de que controvertirlas era como cometer sacrilegio. Pero, en todo caso, cada grupo de hinchas buscaba demostrar que el equipo de sus afectos era mejor que el contrario. Verdad que era poco probable de establecer por la razón, dado que en un año un equipo podía estar en las primeras posiciones, jugando bien, y al siguiente le podía ocurrir todo lo contrario. Sin embargo, los hinchas contaban con un punto de referencia para apoyarse en su discusión de quién era el mejor, y este eran las estadísticas. Suso, en su infancia, a principios de los años setenta, tenía a su favor el hecho de que el Rojo tenía una estrella más que el Nacional y que había ganado el mayor número de clásicos, aunque este panorama iba a cambiar radicalmente en los siguientes años. El Nacional empezó a invertir las estadísticas, ya no solo tenía

el mayor número de clásicos ganados, sino que empezó a obtener campeonatos de un modo consecutivo, hasta el punto de ganar una Copa Libertadores en 1989, mientras el DIM ocupaba, por lo regular, las últimas posiciones. Cada uno de estos campeonatos era como una derrota para Suso, como una puñalada que se le clavaba en el corazón, porque para el hincha el domingo perfecto es cuando gana su equipo del alma y pierde el rival de patio. Y si no se puede ganar, por lo menos que el otro tampoco lo haga. De esta manera Suso fue apabullado una y otra vez por los hinchas del Nacional. Pero esto no lo hizo desistir de la pasión por su equipo. No importaba que no ganara, al contrario, cada vez se aferraba más a él.

Suso vivía con su mujer y su hijo en el primer piso de la casa de su suegra. Su sustento se derivaba de la venta de perros calientes y hamburguesas en un puesto de la Ochenta con Colombia. No quiso terminar sus estudios de secundaria y tampoco trabajar en alguna fábrica con el régimen de un horario establecido.

—El estudio no da plata y no me gusta trabajar con un patrón que me grite y

me dé órdenes. A mí me gusta trabajar por mi cuenta. Lo mío son los negocios —manifestaba, cuando se refería al asunto.

Así emprendió varios negocios con sus primos y hermanos, que siempre fueron al traste, hasta que empezó con el carrito de comidas rápidas, que fue lo único que pudo rescatar de la última empresa fracasada.

En la casa tenía un santuario del DIM en una habitación, una pared roja y otra azul, abarrotadas de insignias y símbolos del Poderoso: un escudo del equipo de 80 x 80 centímetros, dos banderas con las que iba al estadio, pendones, afiches de diferentes épocas, un escapulario con un escudo del tamaño de un llavero en vez del Cristo, un sagrado corazón de Jesús que en una mano sostenía un escudo y en la otra una bandera, una virgen con el niño uniformado de rojo y azul, vasos, ponchos, bufandas, pañoletas, cojines, gorras y hasta un escudo en forma de corazón con un letrero que decía: “Con el Rojo hasta el final”. Esta habitación, que servía como recibo, estaba dotada de sillas de diversos estilos y una radiola que heredó de su tío, donde escuchaba su colección de boleros, tangos y música vieja, y obviamente

la música alusiva al DIM. Este era el refugio que su mujer le permitía en la casa, ya que el resto era dominio de ella.

Pero en el nuevo milenio las cosas empezaron a cambiar de una manera considerable para el DIM. En el 2001 llegó a una final con el América de Cali y quedó subcampeón. Considerando que América había sido un equipo de gran categoría en los últimos tiempos, la pérdida del campeonato era hasta cierto punto predecible y el subcampeonato no caía del todo mal. Suso sintió una moderada satisfacción a pesar de las chanzas de los hinchas del Nacional:

—Pobrecitos los del DIM, para poder ver una estrella les toca salir al patio —le decía Piedrahíta, el de la carnicería.

—Por lo menos quedamos más adelante que ustedes —le respondía Suso.

En el segundo semestre del 2002, el DIM volvió por la senda del triunfo. ¿Dos años seguidos con buenos resultados? Nadie lo podía creer. Suso ya estaba envalentonado. En los partidos del cuadrangular que precedieron a la final en que el Rojo jugaba de local nunca faltaba al estadio con sus banderas, y en los partidos en que jugaba de

visitante llegó hasta el punto de apropiarse del equipo de sonido de la casa. Instalaba los baffles en la acera y las banderas en las ventanas exteriores, y allí escuchaba a alto volumen la transmisión. Los de su calle, que lo conocían de toda la vida, empezaron a acompañarlo en considerable número. Unos hinchas del DIM y otros del Nacional. Suso oficiaba de anfitrión y se sentía orgulloso, no solo porque había logrado congregarse un buen número de habitantes del barrio alrededor suyo, sino también por los resultados del DIM, que se veía cada vez más “poderoso”.

Y, como se esperaba, llegó a la final, haciendo sufrir a sus hinchas como de costumbre, pero llegó. Ahora el rival no era el prestigioso América de Cali sino el modesto Deportivo Pasto, un equipo de bajo perfil, que nunca había sido campeón y que hacía pocos años había ascendido de la categoría B. Suso se compró una camiseta blanca con un escudo del DIM, ubicado a la altura del corazón, y una mano estampada en la espalda, en la que sobresalía un gran índice y un letrero que decía: “Este año sí”.

—¿Con que este año sí? —le gritaba Piedrahíta desde la carnicería al verlo pasar.

—¡Sabés leer bien, güevón!—le contestaba Suso sin detenerse a discutir con él. No había que botar pólvora en gallinazo.

El partido de ida era en el Atanasio Girardot de Medellín. A Suso le tocó amanecer en las afueras del estadio para conseguir la boleta, pero la consiguió. El día del partido estaba más nervioso que de costumbre. Un ataque de ansiedad le sobrevino antes de empezar el cotejo: se le formó un nudo en la garganta, sentía una opresión en el pecho, el corazón se le aceleró, un sudor frío le recorría todo el cuerpo y se puso pálido como un papel. Logró controlarse, respirando profundo y tomándose un aguardiente doble que otro hincha le proporcionó. Parecía que una parte de él estaba convencida de que nunca iban a ser campeones, y esta evidente posibilidad de llegar a serlo no la podía soportar y, por tanto, lo ponía en jaque, entraba en conflicto con la otra, que lo deseaba de un modo intenso. Pero el conflicto se esfumó cuando a los pocos minutos de empezar el partido una gran euforia se apoderó de todos los hinchas. El DIM acababa de marcar el primer gol.

Después de eso el partido transcurrió sin sobresaltos. El Pasto no representaba mayor peligro. El partido se definió cuando un defensa del Pasto, tratando de despejar el balón, lo introdujo en su propio arco. Además de los gritos de alegría, una sonrisa burlona se dibujó en el rostro de los hinchas. “Al Pasto no le podía faltar su pastusada”, fue el comentario. El primer partido terminó así. Dos a cero, ganando el DIM.

El partido de vuelta era el siguiente domingo en Pasto. Las cosas se complicaban para Suso. El dinero era el primer obstáculo. Estaban a mediados de diciembre y se acercaba Navidad. Había que comprarle regalo a su mujer y a su hijo, además del que su mujer le exigía para su suegra, al fin y al cabo, vivían en la casa de ella. La natilla, los buñuelos y los tamales del 24. Además, el domingo del partido había que comprar los comestibles de la semana. Definitivamente el carrito de perros calientes no daba para tanto. De otro lado, Pasto por tierra estaba a 15 horas o más de Medellín. Si el partido era el domingo a las 3:30 p.m. tendrían que salir de la ciudad por lo menos el sábado a

las 9 p.m., precisamente el día en que llegaba más clientela a su negocio.

Prácticamente era imposible ir. Pero había seguido toda la temporada a su equipo del alma. ¿Cómo perder la oportunidad de verlo llegar al campeonato? Tal vez nunca más se le volvería a presentar esta oportunidad. No se lo perdonaría en el futuro si no asistía al estadio. Por otra parte, él nunca había sido irresponsable con sus deberes. ¿De dónde iba sacar el dinero? No tenía nada que empeñar, los electrodomésticos de la casa estaban bajo el dominio de su mujer. Solo le quedaba el dinero de los comestibles de la próxima semana y el básico para surtir el carro de perros. Su mujer no lo perdonaría si se gastaba alguno de estos dineros. ¿No lo perdonaría? Más bien lo mataría.

Estas eran las cavilaciones de Suso el jueves y el viernes antes del partido. El sábado estaba muy deprimido, se sentía el hombre más pobre y desgraciado del mundo. Muchos de sus compañeros de la barra ya habían solucionado el problema, se las habían ingeniado de alguna manera para ir a Pasto. A las cinco de la tarde, cuando ya se había dado al dolor, se le presentó una

oportunidad de esas que no se deben dejar pasar en la vida. A otro hincha se le enfermó la mamá de gravedad, estaba vendiendo el cupo del bus con boleta incluida para entrar al estadio por la mitad del precio, y debían salir a las 7 p.m. No había tiempo que perder, debía decidirse de inmediato, si quería ir, y él quería ir. Suso hizo lo que cualquier tahúr hace ante esta circunstancia, lanzarse al azar del destino. Solo había un pequeño detalle, si no iba trabajar ese día le faltaría dinero para los gastos de la semana y debía consultarlo con su mujer, pero no había tiempo para ello; además, ella no iba a comprender que esto fuera tan importante para él. Se fue a su casa sabiendo que su mujer no estaría allí, empacó alguna ropa interior limpia en una mochila, se puso la camiseta del Rojo y tomó el dinero de los comestibles de la semana y del básico. No se sabe qué pueda ocurrir en un viaje tan largo —pensó—. Había que ser prevenido. Y le dijo a su hijo:

—Dígale a su mamá que me conseguí un cupo para ir a ver al Poderoso en Pasto, que debo estar llegando aquí el lunes antes del mediodía.

Cuando Rubiela llegó a la casa, eran las nueve de la noche. Suso ya debía ir por La Pintada. Al recibir el mensaje de boca de su hijo, el grito fue tan fuerte que llegó a oídos de su madre que vivía en el segundo piso.

—¡Cómo que se fue para Pasto!, y ¿con qué plata? O será que se va a gastar la plata del mercado.

El pobre muchacho, ante los gritos de su madre, no sabía qué decir, él solo estaba comunicando el mensaje que le transmitió su padre. Del resto no sabía nada más. La madre de Rubiela ya había bajado a enterarse de lo que ocurría.

—Yo se lo dije —le reprocho la madre cuando supo lo ocurrido—, ese hombre es enfermo por ese equipo. Mire a ver si dejó alguna plata en el chifonier.

Rubiela buscó en todos los cajones posibles y no encontró nada.

—Pobrecito si llega aquí sin un peso. Que se atenga a las consecuencias.

Y por fin llegó el día del partido. En la cuadra ya todos sabían que Suso se había ido para Pasto sin consentimiento de su mujer; su suegra se había encargado de comunicárselo a algunas vecinas que transmitieron el

acontecimiento como polvorín. Las mujeres lo recibían con reproche y entre los señores y muchachos lo comentaban con mucho humor y solidaridad.

—¡Este Suso! ¡Cómo es que se le voló a Rubiela! —decía Piedrahíta entre sonrisas.

Dado que el partido no lo podían escuchar afuera de la casa de Suso como lo habían hecho en los últimos días, puesto que nadie se atrevía a insinuar siquiera ir allí porque Rubiela estaba hecha una fiera, Piedrahíta se solidarizó con la causa y trajo el televisor de 29 pulgadas de la casa y lo instaló en la puerta de la carnicería. Allí fueron llegando todos los aficionados que antes había congregado Suso. Los del DIM, optimistas por la ventaja del marcador anterior, y los del Nacional más reservados sobre el pronóstico, porque, quién sabe, Pasto podría remontar el marcador de dos a cero.

Se echó a rodar la esférica en el estadio La Libertad de Pasto y la tensión se apoderó de nuevo de los hinchas del DIM. El primer tiempo estuvo a favor del Rojo; varias posibilidades de gol se le presentaron hasta que un tiro libre impecable de su principal ídolo desató el nudo que tenían

en la garganta los hinchas y lo convirtió en un grito eufórico, desaforado de júbilo. El DIM ganaba uno a cero. El segundo tiempo prometía más, pero el Pasto empató y la tensión volvió a los hinchas. Para acabar de ajustar, el ídolo del Rojo fue expulsado y un mediocampista de contención que había ingresado para salvaguardar el resultado también se hizo expulsar sin haber pasado un minuto en la cancha. Con nueve hombres, aguantó las arremetidas del Pasto, que ese día no estaba para ganar. Marcador final, empate uno a uno. DIM campeón. La euforia se apoderó de la ciudad. Tanto los hinchas del Poderoso como los del Nacional celebraron conjuntamente. Era todo un acontecimiento, un campeonato después de 45 años de ayuno. La celebración se extendió hasta las horas de la madrugada del lunes. Muchas personas no tenían que ir a trabajar puesto que las vacaciones colectivas de casi todas las empresas habían empezado el viernes o el sábado anterior.

Hacia el mediodía del lunes, los hinchas se agrupaban en las aceras y en el estadio para ver la llegada del equipo campeón, que recorría las calles de la ciudad en un carro

de bomberos. Mientras tanto, en la casa, Rubiela esperaba la llegada de Suso.

—A ver con qué me va a salir el muy sinvergüenza —pensaba, mientras se daba a la espera.

Pero no llegó al mediodía ni por la tarde. Ya los conocidos del barrio que habían ido a Pasto estaban en la casa. Por la noche Rubiela ya estaba intrigada.

—Qué le pasará a Suso que no llega —se dijo en voz alta para no tragarse sola la preocupación.

—Ese, debe estar todavía celebrando con la plata del mercado —contestó su madre, tranquilizando la situación y sembrando cizaña.

Ya tarde de la noche decidió ir a acostarse. No valía la pena quedarse en vela y preocupada. A lo mejor llegaba mientras estaba durmiendo. Pero el martes por la mañana, al ver que no había llegado, se le dispararon todas las alarmas internas, ya no podía esperar más. Suso no se había quedado ni una sola noche por fuera de la casa. Mandó a su hijo para que averiguara si lo habían visto o qué sabían de él los que habían ido a Pasto. De casi nada sirvieron

las primeras averiguaciones. Pocos lo habían visto y fue a la distancia dado que se habían transportado en carros distintos y a diferente hora. De nuevo, como polvorín se regó la noticia de que Suso no había llegado a la casa y al respecto surgieron varias historias: unos decían que lo habían visto en Cali, otros que en Popayán. Además, por el antecedente del ataque de angustia que había padecido en el estadio de Medellín, se rumoraba que había sufrido un infarto y que estaba hospitalizado en Pasto. Rubiela también tenía ese temor pero en las informaciones oficiales no había ningún reporte al respecto. Sí habían informado de dos infartados en Medellín, pero de ninguno en el estadio de Pasto. Ese día, en compañía de su madre, fue a los principales hospitales de Medellín y al anfiteatro, pero fue inútil la búsqueda: si le había ocurrido algo, estaba la probabilidad de que hubiera sido en Pasto o en el trayecto a Medellín, aunque tampoco habían informado en las noticias de accidentes en las carreteras por esos días. Rubiela estaba angustiada, se sentía impotente ante la situación. El miércoles, un hermano de Suso se consiguió el teléfono del anfiteatro

de Pasto pero no había ningún N.N. con sus características. Después del mediodía, Rubiela ya había conseguido dinero prestado para ir con su cuñado a Pasto y buscarlo en los hospitales. Estaban en los últimos detalles con su madre. Debían salir ese día por la noche. En esos momentos entró su hijo a la casa sobresaltado.

—Allá viene —dijo casi con un grito.

Y, efectivamente, Suso había acabado de doblar la esquina y se dirigía a la casa en tal estado de embriaguez que apenas si se podía sostener en pie. Apoyándose en los muros y yéndose para los lados, ante la sonrisa burlona de los de su cuadra y la mirada atónita de Rubiela, su suegra, su hijo y hermano, venía cantando o más bien balbuceando con una voz afónica.

—¡Campeoooón, rojo campeón!

Piedrahíta no pudo aguantar más y soltó una carcajada que se escuchó en toda la cuadra. A Rubiela, la sorpresa se le convirtió en ira asesina, compartida por su madre. El rostro lo tenía enrojecido de cólera. Suso, obviamente, no venía de ningún hospital, que era lo único que lo hubiera justificado. No tenía un pie o una mano enyesada, ningún

cuello ortopédico, ni siquiera un vendaje o una curita en alguna parte del cuerpo. Venía sin una raspadura siquiera. Rubiela lo dejó entrar a la casa para no hacer un espectáculo en la calle, como lo estaban esperando los vecinos de un modo ansioso, y apenas estuvo adentro le dijo con voz airada:

—¡Qué belleza!, pero ¡qué belleza! ¿Dónde estabas metido?

—Estaba celebrando mi... mi vida —le respondió Suso gagueando pero de una forma suave y cariñosa.

—¿Celebrando? ¡Desgraciado! Y nosotros bien angustiados que estábamos porque no aparecías.

—Rubiélita, mi amor, pero si Medellincito lindo es campeón —le dijo el descarriado con lágrimas en los ojos.

—A mí qué hijueputa me importa. ¿Tenés la plata del mercado y del plante? —le gritó Rubiela.

Suso empezó a buscar en todos los bolsillos y la billetera. No tenía ni un billete, ni una moneda. Estaba limpio. Rubiela estaba confundida. La angustia por la desaparición, luego la alegría de la llegada que inmediatamente se convirtió en ira, y

la falta de dinero. Todas estas emociones seguidas la desestabilizaron.

—Andate a dormir, que estás muy maluco —fue lo único que alcanzó a decir, mientras su pecho se levantaba como un fuelle—, mañana hablamos.

Suso obedeció de inmediato. Según se supo después, el bus en el que iba Suso hizo escala en Cali para continuar con la celebración; allí se mezclaron con otros hinchas y Suso, en medio de la embriaguez y la euforia, resultó en un bus que iba para Manizales, donde pasó el martes tomando y festejando con los nuevos amigos hinchas del DIM. Solo hasta el miércoles por la mañana tomó el bus que se dirigía a Medellín. Rubiela no sabe aún por qué lo perdonó. Tal vez al vislumbrar la posibilidad de su pérdida, o por las lágrimas, se le ablandó el corazón.

# Tríptico

## La sombra de Mors

Sentado en la mesa del café, Manuel saborea su trago de ron en las rocas. Es viernes en la tarde y el lugar está atestado de parroquianos. El reloj marca las seis, mientras la sombra de la noche empieza a cubrir el Valle de Aburrá. Manuel está cansado por el trajín de toda la semana y una sensación gratificante invade su espíritu por el deber cumplido. “Una semana más de trabajo”, se dice, y siente, casi de inmediato, un sinsabor: “un día lleva a otro día —piensa—, una semana a otra semana, un mes a otro mes y un año a otro año. La vida transita sin que ocurra algo extraordinario. Definitivamente el tedio abruma más al hombre que el sufrimiento”. La música apenas se puede escuchar, el bullicio

del café se vuelve ensordecedor: el tintineo de los cristales, las oscuras botellas que vierten la amarga cebada en los vasos, una moneda que cae en la chapa-alcancía, la puerta del baño que se cierra, un grifo abierto, bolas de billar que chocan entre sí por los tacos-lanzas que las direccionan con sus puntas de cuero. Risas, voces que llaman, murmullos, susurros. Siente deseos de escapar de ese lugar, de ir a un café tranquilo, pero algo en su interior lo mantiene atado a esa silla. Con un ademán pide otro ron a la empleada. “¿Le traigo más hielo, mi amor?”, le pregunta ella. Manuel asiente con la cabeza. Una sonrisa irónica se le escabulle por dentro: “A todos los clientes les dice mi amor”.

Piensa en Marleny, también ella le dice “mi amor” a Mauricio. Pero es lógico, es su esposo. Sin embargo mañana sábado la visitará para hacerle el amor cuando Mauricio salga a jugar tenis. La visitará como todos los sábados en las últimas seis semanas. También esta aventura se ha vuelto una rutina. O sea que ya dejó de ser aventura. La desazón se vuelve a apoderar de él, o tal vez no lo había abandonado. No sabe cómo se involucró con la mujer de un amigo sin

proponérselo, o a lo mejor fue ella la que se lo propuso, o tal vez se lo propusieron los dos de una forma inconsciente. El deseo tiene sus caprichos. Él siempre le había sido fiel a sus amigos, pero ahora el deseo lo había traicionado. “Pobre Mauricio, si se enterara quedaría destrozado”. Manuel siempre lo había estimado y hasta le había tenido lástima, su vida no había sido fácil.

De pronto, algo lo hace salir de sus reflexiones. Un hombre sentado al otro lado del salón lo mira fijamente. Es una mirada seca, de hielo. Sus ojos penetrantes y vidriosos dan la sensación del vacío. Además es un hombre flaco, entrado en años, desgarrado, con la cabeza calva, barba descuidada y ojeras violeta. Conjugación que le da un aspecto lúgubre. Manuel le esquiva la mirada de inmediato. Empieza a recrear sus ojos en los pechos, caderas y piernas de las empleadas. Los viernes ellas se visten provocativamente. Esta evasión es inútil, el sujeto persiste en su mirada. Manuel se siente incómodo. Para disuadirlo, frunce el ceño y levanta la frente con aire de suficiencia; esta actitud por lo regular funciona. Como subterfugio empieza a recrear en su mente ideas sarcásticas sobre

el extraño sujeto: “Qué infausto aspecto. A este tipo no le falta sino la guadaña para parecerse a la muerte. Claro que la muerte es mujer o al menos así la pintan los griegos”. Se imagina a la Parca Átropos con las amenazantes tijeras que cortan el hilo de la vida. Se estremece, la idea de la muerte le remueve sus temores más internos. “Qué tontería”, se dice, sacudiéndose estas funestas imágenes. “La muerte es un suceso, no una personificación”.

En esos momentos, Jorge entra al café y se dirige a Manuel con su sonrisa burlona. Nunca se sabe si se está riendo con uno o de uno. Como es su costumbre, saluda de un modo efusivo. “Este lo que está buscando es que lo invite a una cerveza”, piensa Manuel, pero con agrado se somete, de nuevo, a que Jorge se tome algunos tragos de cuenta suya. Es una excelente manera de librarse de la tensión que le produce el de la mirada siniestra. Nunca pensó que Jorge, alguna vez, llegara a ser oportuno. La empleada se acerca a la mesa y Manuel lo invita a una Pilsen fría, mientras Jorge le cuenta algunos chistes flojos y caducos sobre política y relaciones de pareja. Manuel se ríe con sorna

y mira de cuando en cuando con el rabo del ojo al extraño sujeto. Este permanece estático en el mismo lugar. Cuando Manuel está por terminar el ron, Jorge apura su cerveza para terminarla al tiempo que él. Es su estrategia para hacerse invitar a la otra ronda. Jorge lo sigue abrumando con su verborrea. Le habla de algún chisme sobre el cantante de moda o de la conmemoración de la muerte de algún autor importante. “Este debe leerse el periódico todos los días para tener de qué hablarle al que se está bebiendo”, piensa Manuel. Al poco rato Manuel ya está cansado y con fastidio, Jorge es capaz de plantarse en un lugar toda la noche si se da cuenta de que el otro es bondadoso con las invitaciones. Además a Manuel no le gusta que lo interrumpen cuando está en sus monólogos interiores, si lo aceptó fue por liberarse de la tensión del extraño sujeto. Si quisiera hablar con alguien buscaría a sus amigos, que sabe dónde se encuentran, y eso es lo que piensa hacer en ese momento. Así que llama a la empleada, paga la cuenta, se despide con mucha cordialidad de Jorge y sale del café. Lo esperan las noctámbulas calles de Medellín con sus encantos.

Se dirige a la taberna donde sabe que encontrará a sus amigos. En su camino, de súbito, el estampido de algunos truenos y unos descomunales goterones anuncian tempestad; los transeúntes se aglomeran en los pocos aleros que se encuentran en la aceras. Manuel apura el paso para llegar a su destino, no quiere detenerse a escampar porque podría pasar mucho tiempo antes de que deje de llover. Así que se somete mansamente a la lluvia. Cuando llega a la pequeña taberna, empapado, observa que en el fondo está sentado el extraño sujeto. Se estremece, lo que menos hubiera pensado es que se lo encontraría en este lugar. Se había olvidado de él cuando salió del anterior café y no se percató de si aún estaba allí. Así que quedan en duda las preguntas que se hizo: “¿será que me está siguiendo?” y “¿Cómo llegó primero que yo?”.

Para tratar de disimular su perturbación, se sienta en la barra, dándole la espalda. Pide un trago y empieza a preguntar al cantinero por sus amigos. Ninguno ha pasado hoy por allí y con la lluvia puede que se retrasen o se desvíen a otros lugares. Qué ironía, había abandonado los espacios habituales

para sentirse a solas y ahora que sí quiere hablar con ellos no los encuentra. En estos momentos hasta Jorge le podría servir de escudo.

La lluvia arrecia, nadie entra ni sale de la taberna. Manuel se siente atrapado. Con disimulo mira al siniestro sujeto. Este permanece inmóvil y con su mirada perdida en el chaparrón. Manuel busca evadirse apurando unos rones y deteniéndose en las canciones que invaden el recinto. Luego de un rato mira el reloj. Ha pasado más de una hora y ningún conocido ha llegado a la taberna. La lluvia ha amainado y ahora una persistente garúa somete las sombras de la noche. Manuel calcula dónde pueden estar algunos de sus amigos, así que decide ir a buscarlos, enfrentándose de nuevo a la lluvia. Aunque el frío ya le está recalando los huesos, es preferible salir a sentirse acorralado. Antes de dejar la taberna se asegura de que el sujeto siga allí. Aunque el lugar a donde se dirige está cerca, no camina como habitualmente lo hace sino que decide tomar un taxi para poner, pronto, distancia entre él y el sujeto de las ojeras violeta.

Ya en el vehículo recapacita. ¿Por qué tomó un taxi? ¿Acaso le teme a un viejo desgarbado? ¿Qué lo hace huir de alguien al que con facilidad podría vencer físicamente? En definitiva, algo en este sujeto le infunde un profundo temor, no sabe qué es, tal vez es su mirada que le hiela la sangre.

Cuando llega al nuevo lugar lo encuentra colmado de gente, y no hay ningún conocido. Sin sorpresa encuentra al funesto sujeto sentado en la barra. No siente temor sino molestia. No quiere saber cómo llegó primero que él. Los rones le han empezado a hacer efecto en su cerebro y le infunden valentía, así que, decidido a confrontarlo se le acerca y le dice descortésmente: “Parece que su cara me la tengo que encontrar hoy en todas partes”. El sujeto, sin mirarlo, le contesta con voz grave y cavernosa: “Creo que usted y yo muy pronto seguiremos el mismo camino”. Siente que sus cabellos se le erizan. Esa voz profunda no le llega al oído desde el exterior sino desde adentro de su cabeza. Se paraliza y se pone pálido como un muerto. Un helado terror recorre todo su cuerpo. Un nudo en la garganta le impide desatar palabra. En ese momento

un amigo suyo le toca el hombro y lo saluda. Manuel se sobresalta. El amigo también se sorprende al ver su aspecto. “Parece que hubieras visto un fantasma”, le dice. Cuando vuelve la mirada para buscar el sujeto ya no lo encuentra en la barra sino que lo ve alejándose entre la multitud, con paso lento. Antes de perderse de vista se voltea y le lanza un centelleante mirada que lo hace erizar de nuevo.

Manuel permanece atónito por unos instantes. Una cascada de ideas le ronda la cabeza, pero se salen de toda comprensión lógica. Su amigo le empieza a hablar y él se va recuperando poco a poco. Conversan sobre asuntos cotidianos, pues Manuel no se atreve a contarle nada de lo sucedido esa noche. Es un asunto que ni él mismo puede creer. Manuel, a partir de ese momento, empieza a tomar su rones tan frenéticamente que no sabe en qué momento pierde la conciencia ni cómo llega a la casa ni a qué hora.

El sábado, Manuel se despierta temprano. Recuerda el personaje de la noche anterior y le parece como un sueño absurdo. Trata de olvidarlo, pero es inútil; la imagen de este no lo quiere abandonar. El desasosiego se

apodera de él y luego se siente bombardeado por una serie de ideas que confluyen en una sola palabra: imuerte! Se siente aterrado. Quisiera encerrarse o buscar un lugar para protegerse; pero ¿dónde? Mira el reloj. Marca las siete de la mañana. Recuerda que debe visitar a Marleny. Tiene temor de cumplir esa cita, pero un caballero no deja esperando a una dama. Así que toma una ducha, se pone un vestido deportivo y se dirige a la casa de Mauricio; a esa hora debe estar jugando su partido de tenis.

## Por la senda de Venus

**M**arleny llegó apresurada a la cita con su amiga Patricia en la pizzería Trattoria. Como siempre, se le hizo tarde. Era su costumbre hacerse esperar de sus amigas, cuestión por la que le reñían. Sin embargo, Patricia estaba tranquila, leyendo una revista de modas en una mesa.

MARLENY: Hola querida. ¿Cómo estás? Qué pena llegarte tarde, pero no falta el inconveniente cuando uno va a salir.

PATRICIA: No te preocupes, a cualquiera le puede pasar.

(Era una forma de disculpar a Marleny, porque ella no llegaba tarde a sus citas, pero no se molestaba cuando sus amigas no observaban esta norma de cortesía).

El empleado se acercó y Marleny pidió un capuccino, Patricia, otro café.

PATRICIA: ¿Cómo te ha ido en estos días?

(Patricia daba unos rodeos para no demostrar la ansiedad. Obviamente la carcomía la duda: ¿Por qué Marleny la había llamado después de tanto tiempo de haber perdido contacto con ella? “Tengo que comentarte algo importante, ¿podemos vernos?”), fueron las palabras telefónicas de Marleny. Patricia había sido la confidente de ella en el colegio y en los primeros años de juventud, pero con el tiempo se fueron alejando. Las personas van tomando sus propios caminos cuando se vuelven adultas).

MARLENY: Digamos que bien. “La misma barca atravesando el río” como decía mi abuela.

PATRICIA: En esas nos pasamos, hija. Repitiendo lo mismo un día tras otro. Pero no creo que estés en esa situación. Cuando

me llamaste, me dejaste toda intrigada. Contá.

MARLENY: No sé por dónde empezar, o más bien sí. Imagínate que tengo un amigo.

(Esta confidencia le produjo gran sorpresa a Patricia. Le sobrevinieron unos deseos incontenibles de una carcajada que solo disimuló con una singular risita).

PATRICIA: ¡No te puedo creer! Vos que siempre fuiste tan acartonada y que defendías la fidelidad contra viento y marea.

MARLENY: Esos eran otros tiempos, pero las cosas cambian. Una cuestión es ver las situaciones desde afuera y otra cuando una está embarrada hasta las orejas. Ahora ya entiendo a mi abuela cuando me decía: “el matrimonio es duro y hay que tener resignación, por eso no hay mujeres buenas sino mujeres aguantadoras”.

PATRICIA: ¿Y vos ya dejaste de ser aguantadora?

MARLENY: Pues sí. Una se cansa. ¿A vos no te ha pasado con Juan Carlos?

PATRICIA: Sí, pero yo trato de sobrellevar las cosas.

MARLENY: Yo sí estoy mamada de Mauricio. Todos los días hace lo mismo:

llega del trabajo a comer, ve el noticiero y después sale a charlar con esos desocupados de la esquina. Yo no sé qué gusto le saca. A lo mejor él también está cansado de mí.

PATRICIA: ¿Y cómo conociste a tu amigo? ¿Cómo se llama?

(Patricia, intrigada, quería devorar la información en el menor tiempo posible).

MARLENY: Se llama Manuel y el mismo Mauricio lo llevó a la casa. Son amigos desde la adolescencia. Empezó a ir esporádicamente los sábados o los domingos y después se volvieron más frecuentes sus visitas. Luego de un tiempo me empezó a coquetear, a decirme piropos cuando Mauricio daba la vuelta. ¡Es más solapado! Hasta que me dio por pararle bolas.

PATRICIA: ¿Y Mauricio no se daba cuenta? Muchas veces uno cree que los hombres son bobos y después salen con todo el inventario de lo que uno les ha hecho.

MARLENY: Al principio estuvo tranquilo. De hecho él era el que lo invitaba. Pero de unos días para acá está muy raro. Se ha vuelto más serio y más callado que de costumbre. Hay días en que ni me dirige la palabra.

PATRICIA: ¿Crees que ya se dio cuenta o que sospecha algo? Juan Carlos, cuando se pone serio, es porque se me va a venir con la retahíla de reclamos.

MARLENY: No creo que esté totalmente seguro porque, conociéndolo, ya me hubiera armado el problema, pero debe sospechar algo.

PATRICIA: Ay, amiguita, vas a tener que andar con mucho cuidado. Porque si no se te desbarata el matrimonio.

MARLENY: Eso es lo que más me mortifica. Mi abuela debe estar revolcándose en su tumba. Me parece estarla escuchando, cuando decía: “una mujer no debe abandonarse a los deseos de la carne, Dios castiga al que se embriaga de lujuria”.

PATRICIA: Las abuelas eran muy conservadoras, pero ya los tiempos han cambiado. Ahora no es tan difícil separarse y no está mal visto.

MARLENY: No estoy tan segura de que quiera separarme. Yo no quiero echar por la borda cinco años de matrimonio. Manuel, cuando menos piense, se encarreta con otra y me deja tirada.

PATRICIA: Pero de todas maneras Mauricio tiene la obligación de responder por los niños.

MARLENY: Por los niños sí, ¿pero yo qué? Ya no me va a dar la misma plata que ahora. Tendría que buscar trabajo y yo prefiero estar en la casa. Además, apenas obtuve los grados me casé, así que no tengo experiencia. ¿Quién me va a contratar?

(En esos momentos entró una señora a la pizzería. Aparentaba unos setenta años, su rostro adusto y sombrío le daba una sensación de abatimiento. Marleny se sorprendió. Era tan parecida a su abuela, si no fuera porque llevaba un año de muerta y porque los ojos de la señora se mostraban indiferentes, sin ningún atisbo de reconocerla, diría que era ella. A pesar de su perturbación continuó charlando con su amiga Patricia sin decirle nada. Sería absurdo señalarle que estaba viendo a su abuela).

PATRICIA: ¿Y cada cuanto se encuentran? Porque lo más emocionante de un amor prohibido es ingeniárselas para encontrarse con él.

MARLENY: Cada ocho días. Los sábados a las nueve de la mañana viene a la casa cuando Mauricio sale a jugar tenis.

(Patricia la miró con extrañeza. ¿A quién se le ocurre hacer una cita amorosa un sábado por la mañana? Marleny la comprendió y le explicó).

MARLENY: Lo que pasa es que Manuel trabaja todo el día, de lunes a viernes, y los sábados y domingos Mauricio me tiene controlada. El único espacio que me deja es el sábado a esa hora.

PATRICIA: Ay, muchacha, vos sí sos arriesgada, recibéndolo en tu propia casa. ¿Cómo se te ocurre hacer eso? ¿No será que los vecinos ya le soplaron a Mauricio las visitas de Manuel?

MARLENY: Yo pongo mucho cuidado cuando él va a entrar. Y de todas maneras él ha frecuentado la casa. Así que no es raro que esté de visita.

PATRICIA: Sí, pero cuando Mauricio está. Se supone que Manuel no hace la visita en su ausencia. Yo lo que te digo es que los vecinos se mantienen más pendientes de lo que uno hace que de lo que pasa en su propia familia. Toda la cuadra sabía que el hijo de

doña Tulia, que es la chismosa del barrio, se mantenía fumando marihuana en el parque, menos ella.

MARLENY: ¿Será? Yo que ni me fijo en la cara de los vecinos.

PATRICIA: ¿Y si Mauricio confirma sus sospechas, vos qué vas a hacer? ¿No se pondrá violento?

MARLENY: No creo, con el único que se pone a pelear es con el perro del vecino cuando se caga en la acera. Y eso que con palabrotas.

(Marleny y Patricia se despidieron de forma afectuosa. Patricia no le iba a aconsejar nada que ella no supiera. Lo que necesitaba era desahogarse con alguien, contarle su situación).

De camino a su casa pensó en el encuentro con esa señora parecida a su abuela. Era como si en ese momento crucial de su vida se hubiera hecho presente. Le parecía escuchar su voz que le decía: “la familia es el bien máspreciado, debes conservarlo hasta las últimas consecuencias”. En medio de la ensoñación, trajo al escenario de su confrontación mental la pálida imagen de su madre. No la recordaba, tenía dos años

cuando ella murió. Solo le quedaba una foto vieja y desgastada. Imaginó que su madre comprendería que ella necesitaba sentirse amada y deseada. Muchas veces, entre rabia y llanto, le reprochaba el haberla abandonado tan temprano, dejándola a merced de la dureza de su abuela, pero no estaba y no le podía responder.

A las cinco de la tarde comenzó la preparación de los alimentos de la noche, Mauricio llegaba a las siete. El sábado le diría a Manuel que debían cambiar el lugar y el día de sus encuentros.

## Las redes de Vulcano

**M**auricio se quedó pensativo con la forma en que se cruzaron las miradas Marleny y Manuel. Quizá porque don Enrique, el tendero, ya le había hecho insinuaciones de la inconveniencia de que un amigo frecuentara su casa, hasta el punto de que su mujer tuviera demasiada cercanía con él. Al principio le pareció un comentario cualquiera, pero después hubo una segunda

y tercera alusión sobre el asunto. Ya que por su herencia aborigen se apegaba al dicho racista: “el indio acata a los tres días”, él debía estar atento al tercer comentario. No debían ser gratuitas esas repetidas insinuaciones de un señor tan serio como don Enrique. Es claro que personas como él no querrían verse inmiscuidas en problemas de parejas, así que no iba a decirle nada directamente, pero debía tener alguna información o evidencia para ser reiterativo sobre el tema, y, como dice la voz popular: “el marido es el último que se entera”.

Antes no había advertido nada sospechoso, pero ahora, que estaba sobre aviso, le parecía exagerada la confianza con que Manuel se dirigía a Marleny y las sonrisas que ella explayaba cuando él hacía un comentario humorístico, por insignificante que fuera. Parecía que todo lo que Manuel decía le parecía gracioso o la halagaba. Le empezó a molestar la forma como se miraban, como se hablaban, las atenciones que ella le brindaba, que conversaran largo rato por teléfono. Observaba que él la seguía con la mirada y ella le respondía con una sonrisa.

Mauricio había imaginado que después de cinco años de matrimonio ya había superado la época de los celos, que tanto lo habían atormentado durante el noviazgo y en los primeros meses luego de las nupcias. Sin embargo, ante estas circunstancias, volvían a aparecer sus borrascosas aguas, sumiéndolo de nuevo en el fantasma de la incertidumbre. Es cierto que la fogosidad de la primera época del matrimonio había tenido un gran declive, sobre todo después del nacimiento de su segundo hijo, Andrés, pero no podía quedarse tranquilo como si no ocurriera nada, mientras sus vecinos y familiares se burlaban a espaldas de él por ser un cornudo. Lo que estaba en juego era su dignidad.

Desde ese momento se apoderó de él la angustia y la ansiedad. En ocasiones, veía con toda claridad que sus sospechas estaban bien fundadas; entonces odiaba a Marleny y a Manuel con todas sus fuerzas y sentía un gran deseo de vengarse, al punto de ocasionarles la muerte. Pasaba todo el día deprimido, desolado. Llegaba a su casa silencioso, le contestaba a Marleny con monosílabos. En las noches no podía dormir o dormitaba a medias, con pesadillas. La

incertidumbre y la tribulación lo carcomían por dentro. Marleny lo miraba de una manera escrutadora.

—¿A vos qué es lo que te pasa? —le preguntaba, tratando de obtener alguna información sobre su malestar, aunque la indagación era inútil, ella sabía que él esperaría hasta el último momento para explotar.

—Nada —contestaba secamente. Silente, los amargos celos se alimentaban de dolor y resentimiento. Permanecía agazapado ese lento veneno, para saltar en el momento más inesperado.

Pero en otras ocasiones, después de pasar una noche de desesperación y desasosiego, se levantaba tranquilo, pensaba que todo era una invención suya, que entre Marleny y Manuel no había nada, que las insinuaciones de don Enrique eran palabras malignas y destructivas que lo único que buscaban era dañarlo. Seguramente ese señor solapado, investido de respeto y sobriedad, le tenía envidia. No obstante, si fuera cierto, tendría la oportunidad de separarse, de sentirse de nuevo libre como cuando era soltero. Podría amanecer donde quisiera, vivir con

quien quisiera, llegar a la hora que quisiera sin rendir explicaciones. Pero después de estos lapsos de tranquilidad volvía a caer en la angustia y la desazón, y reaparecían los sentimientos de odio y venganza.

Un día se levantó decidido a enfrentar su situación. Debía ir al fondo del asunto por doloroso que fuera. Para él era claro que ni Marleny ni Manuel le iban a confesar que tenían un romance, así que, sin levantar sospechas, debía descubrirlos en el acto y para ello debía trazar un plan. Lo primero que tenía que establecer era cuándo tenían sus encuentros amorosos y en dónde. Sopesando todas las alternativas, pudo establecer que era los sábados por la mañana, cuando él salía a hacer deporte, y por lo tanto debía ser en su propia casa, ya que él se demoraba cerca de dos horas, así que a Marleny le quedaría poco tiempo para salir y volver de otro lugar, y él siempre la encontraba en casa a su regreso.

Lo segundo era buscar un lugar seguro desde donde poder espiar la llegada de su rival. Esto no le representó dificultad, pues la casa tenía al lado una pequeña habitación que se usaba de taller y como almacén de herramientas, que tenía acceso desde la parte trasera del jardín.

Ahora solo tenía que esperar hasta el sábado próximo. En los días previos se sintió más tranquilo, como el suicida cuando ya tiene determinado el momento, el lugar y la forma de inmolarse. Volvió a hablar con Marleny, tal vez de una manera nostálgica, lo más seguro es que si confirmaba sus sospechas el matrimonio se iría a pique. Él, por dignidad, debería romper con Marleny, abandonar a la infiel. Seguir con ella después de quedar al descubierto el adulterio sería doblemente deshonroso, era inaceptable. ¿Con qué valor iba a mirar a sus conocidos y familiares a los ojos? Solamente un cínico lo haría. Entonces tendría que dejar su propia casa. La experiencia dice que la mujer no va dejar la seguridad de su hogar. ¿Y Manuel ocuparía su lugar, se apropiaría de todo lo que él había construido en cinco años? Aunque pocos hombres se harían responsables de la familia de otro, casos se ven. El viernes por la noche, Mauricio estuvo muy cordial con Marleny, no por hipocresía, sino que era su forma de decir adiós sin reproches, a lo mejor él era el culpable de esta situación.

El sábado, como de costumbre, se levantó a las ocho de la mañana; como de costumbre, se preparó algo ligero para ingerir y, como

de costumbre, salió a las ocho y media con su raqueta y pelotas de tenis. Fue hasta los límites del barrio y dio un rodeo por detrás de su vivienda, pasó al jardín, se escabulló en el improvisado taller y entreabrió una pequeña ventana que daba la vista a la entrada de su casa.

No supo cuánto tiempo pasó, ni cuántas cosas le pasaron por la mente, desde las más trágicas hasta las más cómicas. Lo último que recuerda fue que se le ocurrió que estaba haciendo el ridículo. Que dentro de poco saldría de ahí riéndose a carcajadas por su estupidez, que descubriría que todo era un malentendido, producto de sus delirantes celos, que le pediría perdón a Marleny con lágrimas en los ojos por haber desconfiado de ella y todo volvería a ser como antes.

Cuando estaba en estas cavilaciones sintió unos pasos que se acercaban a la entrada. Se puso tenso como un roble. Permaneció inmóvil para evitar hacer algún ruido. Confuso y exacerbado, pudo observar cómo Manuel se acercaba a la puerta, recién bañado y de vestido deportivo. No le fue necesario golpearla pues esta se abrió cuando él llegó al umbral y luego se cerró detrás de él sin

ningún saludo, sin ningún acto de cortesía. Se quedó paralizado por un momento. Después dejó pasar unos veinte minutos, lo suficiente para que su rival se acomodara. Con mucha cautela se acercó a la puerta de entrada; no escuchaba nada al otro lado. La abrió con sigilo y luego, con el mismo cuidado, se dirigió a su cuarto que estaba cerrado. La habitación de los niños también permanecía cerrada, los sábados ellos dormían hasta tarde. Dudó, no sabía qué hacer; como por un acto reflejo se dirigió a la cocina y tomó el cuchillo largo y ancho con que se cortaba la carne. Se acercó a la puerta de su habitación con el corazón acelerado y la respiración entrecortada. Escuchó unos fuertes gemidos al otro lado. Tembloroso, la abrió con rapidez. Los gemidos se cortaron de tajo. Dos rostros estupefactos y mudos lo miraban con los ojos aterrados. Una embriaguez se apoderó de él. Cuando el acero entró en el pecho de Manuel, sintió náuseas, luego los gritos, los no, los auxilio, los débiles quejidos de Marleny. Después, una nube gris. No sabe cómo se encontró en la calle, tembloroso, emocionado, con el cuchillo en la mano y sus ropas ensangrentadas.

## El “Pardo” Luis

### Crónica

Es una calmosa tarde de un sábado de junio; en la barra de un bar está Absalón, solo, ensimismado, conversando con los recuerdos. La constancia del calor y el mutismo y aislamiento de los pocos clientes le da al lugar la sensación de letargo, modorra, lentitud. Con su mano derecha juguetea con un vaso de cerveza, mientras en la izquierda sostiene un cigarrillo rubio al que golpea con su índice de forma mecánica, suave y continua en dirección al cenicero. De cuando en cuando se lo lleva a los labios con los dedos encorvados, aspira profundo, como absorbiendo un cacho de vida, sostiene la respiración por unos segundos, mientras se estremece por la sensación de la nicotina, y exhala siempre por la nariz.

En la parte alta de la fachada del establecimiento aparece el letrero “Taberna Adiós muchachos. Sólo tango”. El sitio tiene las características de un bar de principios de los ochenta. Sus paredes están enchapadas en madera desde el piso hasta la mitad del muro, y el resto es forrado con espejos en forma de listones. Se impone en el lugar una gran barra fabricada también en madera que se explaya desde la puerta hasta el fondo del local; esta es una modificación de la original, según su dueño, Camilo, al estilo de los bares de los gringos allá en el norte. En su contorno se ordenan butacas altas para los clientes. Parte de la decoración es un cuadro gigante del Che Guevara, de rostro tranquilo, mirada altiva y un habano sostenido en la mano izquierda; una pintura de Jesús con un estilo típico de la iglesia mormona y un televisor de 29 pulgadas ubicado en la parte alta del fondo, de dedicación exclusiva para partidos de fútbol. El resto es similar a cualquier otro bar de tango: cuadros con las fotografías de los cantores y músicos de la canción porteña, entre los que sobresale la pinta de Carlos Gardel.

—Poneme “Mis amigos de ayer”, por Floreal Ruiz, y “Barra querida” de Jorge Vidal, y me traes otra cerveza fría —le dice Absalón a Julián, empleado del lugar que se alterna entre *disc jockey*, despachador y cajero.

Entre las volutas de humo que ascienden del cigarrillo se desliza lenta una melodía. El cantor, con una lágrima en la garganta, entona con melancólica cadencia: *Esta noche tengo ganas de aturdirme de recuerdos / con el frío denso y lerdo de las cosas del lugar...* Tango de evocación, de nostalgia en la que está imbuido Absalón desde hace rato, rememorando los tiempos pasados en los que departía en ese lugar con su barra querida.

En ese entonces el local era menos iluminado; la barra, más corta, permitía que en el fondo hubiera una mayor intimidad; las luces mortecinas le daban al bar un aire de tristeza. Nada más apropiado para un refugio de tango, del que se dice que es una música triste que se baila. Las pocas lámparas de neón derramaban su lánguido fluido sobre la barra, mientras las mesas del

rincón permanecían casi a oscuras. Tal vez por eso después de la seis y media de la tarde se deslizaban hasta allí, con sigilo, algunas parejas clandestinas. Pero, mientras en las mesas, con la complicidad de las sombras, las parejas se dedicaban a las caricias, los besos y los susurros al oído, en la barra, una peña de tangueros se dedicaba al deleite y a las disquisiciones sobre el tango. La conformaba una selección de cultos sobre la materia, de la ciudad y sus alrededores, entre los que se destacaba un trío de personajes: el Pardo Luis Villa, Lucho; el doctor Duque, médico de la clínica León XIII, y el profesor Henao, historiador de la Universidad de Antioquia.

Lucho era un moreno alto, fornido, de brazos y manos gruesas, frente amplia, ojos pequeños y sonrisa burlona; pelo negro y lacio, por lo que lo llamaban “Pardo”, dado que en Argentina se le dice así al mestizo para diferenciarlo del negro con rasgos africanos.

El tema principal de conversación era el tango, que se alternaba con el fútbol, la política, el arte y la literatura. Cada contertulio trataba de aportar lo mejor de sí con total entusiasmo. En cuestión de tango se discutía sobre orquestas, cantores,

músicos y anécdotas alrededor de ellos. Lucho era de los más versados sobre el asunto; su pasión por la canción ciudadana lo llevó a una formación autodidacta que era de admirar. Si bien no tenía estudios universitarios como otros, pues era albañil, en su oficio era maestro de obra y en el tango estaba a la altura de los máximos de la peña, como el doctor Duque o el profesor Henao.

*¿Dónde están mis amigos / mis amigos de ayer? / Si me vieran llegar / como un duende y llorar... / y llorar al volver.* La melodía está llegando a su clímax. La voz de tenor dramático se desangra y hace volver a Absalón de sus recuerdos. En ese momento entra Camilo.

—¿Qué más hombre? —le dice Camilo emotivamente, mientras le extiende la mano.

—Pues bien. ¿Y vos qué? —le dice Absalón estrechándole la mano— ¿Cómo están las cosas por aquí?

—Pues bien, hermano, no falta el camello —contesta Camilo.

—¿Y la gente de la gallada? —indaga Absalón, refiriéndose a sus antiguos compañeros de barra.

—El único que ha venido por aquí es Augusto; estuvo hace como un mes y se fue todo prendo. Ahí estuvo escuchando sus tangos favoritos. Vos sabés que él es de muy buen gusto —responde Camilo, como rindiendo un informe. Luego se dirige a saludar a otros clientes que lo están esperando.

El gusto de la peña por la música era muy delimitado: se circunscribía a la música de los cuarenta y a la vanguardia, que complacía de forma satisfactoria Rodolfo, el cantinero de cabecera y hermano de Camilo, que se sabía de memoria el repertorio preferido de los integrantes de la barra y tenía un gran conocimiento de la colección de música del bar. Solo se seleccionaban composiciones de las orquestas y cantores que se consideraban de alta calidad, las cuales ya estaban bien referenciadas. Los tangos populares que se escuchaban en las cantinas de los barrios

eran menospreciados, aunque se sabía que, antaño, a los integrantes de la barra les habían gustado y que por ellos habían llegado al tango que ahora disfrutaban. Si algún lego sobre la música porteña solicitaba alguno de estos temas, las quejas de la barra no se hacían esperar.

—No no no no no, qué cosa tan mala —decía Absalón.

—Después de un Di Sarli, oír una panela de estas, es para atrofiarse el oído, es como mojarse acalorado —comentaba el poeta Augusto con su voz de barítono.

Lucho desaprobaba, haciendo una mueca con la boca rasgada, seguida de su sonrisa burlona. Rodolfo se encogía de hombros. ¿Qué podía hacer? Era obvio que debía atender las peticiones de todos los clientes. Y Camilo aseguraba:

—Hay que darle gusto a todos, no ve que ellos también están comprando.

Ese principio de democracia no era tal, pues todos sabían que el monopolio de la música lo ejercía la peña tanguera, ya que la cantidad de litros de aguardiente que consumía en un fin de semana no era comparable a lo que gastaban los otros

clientes, así estuvieran todas las mesas ocupadas.

Los nuevos integrantes de la peña eran admitidos por estos criterios musicales: cuando Absalón, durante una borrachera, cantó con gran pasión los tangos predilectos de ellos, Lucho y el médico se miraron y dijeron: “este sí sabe”. Y desde ese día fue acogido en su seno. De otro modo, era poco probable que lo hubieran aceptado en su círculo. Como lo comentaba Absalón con Lucho:

—Lo que pasa Lucho es que los círculos son cerrados, es una lógica de la geometría que se lleva a lo social.

—Sí, señor —respondió Lucho—. A veces, los círculos sociales se vuelven impenetrables, así sean de músicos, pintores, escritores, psicoanalistas o rockeros; inclusive se crean rivalidades de un círculo a otro dentro del mismo género.

—Y dentro del género del tango sí que las hay —continuó Absalón—. A los que les gusta la vieja guardia no soportan el tango de Piazzolla y mucho menos el de ahora. Y a los que les gusta Piazzolla no les gusta el tango viejo, de principios del siglo XX.

—Y eso sin contar a los gardelianos, que creen que después de Gardel no hay otro cantante —respondió Lucho.

—El problema es que cada grupo de estos cree tener la verdad, los que no comulgan con ellos son unos ignorantes o unos tercios —dijo Absalón.

*Por distinto camino / me perdí yo también... / si me vieran llegar / como un duende y llorar / mis amigos de ayer.* El tango llega a su culmen. El cantor, con una emoción intensa, mantiene un sostenido con vibrato moderado en las notas más altas de la melodía. Una especie de embriaguez invade a Absalón, que permanece extasiado por un momento; luego, apaga la colilla del cigarrillo en el cenicero, toma un sorbo grande de cerveza, emite un pequeño eructo y pide otra fría. Como es propio de él, consume la cerveza con avidez, pide más tangos y se sumerge de nuevo en sus recuerdos.

Con el transcurrir de la horas la alta tarde va tomando un tono opaco, una brisa fresca acaricia los rostros y los pechos de los transeúntes. De cuando en cuando, Absalón

vuelve a la realidad para observar plácido la pasarela de muchachas que sin prisa pasan por la acera del bar.

La visita asidua del Pardo Luis al bar se vio interrumpida por un accidente que tuvo en su moto. Se fracturó un pie y estuvo tres meses incapacitado. Cuando pudo volver a caminar pasó otro tiempo igual, cojeando. Su altura y corpulencia le daban un peso extra, poco favorable para su recuperación.

Ante este hecho, la Peña de Tangueros estuvo de acuerdo con la misma opinión: “Las motos son muy peligrosas. Son un chasis con llantas, tanque de gasolina y un sillín donde los ocupantes son la carrocería”.

Sin embargo Lucho seguía utilizando este medio de transporte; lo necesitaba para llegar al trabajo que, en ocasiones, quedaba bastante alejado. Por la tarde, de regreso, iba primero al bar y luego se dirigía a su casa en Santo Domingo Savio. Pero era un hombre precavido; cuando se embriagaba, la moto era guardada en el bar o en un parqueadero, como en la ocasión en que un vecino de Adiós muchachos, al salir de su negocio, a

las tres de la madrugada, encontró la moto sola frente a la entrada del bar, que ya había cerrado. Con mucha solidaridad, pues conocía a Lucho, la trasladó al parqueadero más cercano mientras le comentaba a los vigilantes:

—Y así dicen que en el centro hay mucho ladrón.

Otros dijeron que esa moto se cuidaba sola. Y Absalón fue más cruel en su opinión:

—Esa moto quién se la va a robar.

Por otro lado, Lucho manejaba con sumo cuidado, ya no tenía 18 años para conducir a altas velocidades.

—Pilas que el 26 de noviembre cumpla años —le dijo a la barra en octubre del 2001.

—¿Y cuántos, si se puede saber? —preguntó Camilo tratando de descubrirle alguna intención de ocultar sus años.

—Cincuenta, nací en 1951 —dijo Lucho con orgullo—. En ese año ocurrieron tres calamidades para el tango: murieron Homero Manzi y Enrique Santos Discépolo, y nací yo.

—Oigan a este, yo no creo que pensés que tu nacimiento fue una calamidad, más bien estás chicaneando porque naciste en un año

memorable para el tango —le dijo Absalón mientras reía, contagiando a los demás.

Pero en esta fecha no hubo celebración para el cumpleaños de Lucho como sí había ocurrido con otros compañeros de la peña tanguera; y es que la barra se estaba viniendo a menos. Lugo y Pacho Urrego se habían tenido que ir de la ciudad por problemas económicos; el profesor Henao ya se había jubilado y se había ausentado del sector del centro; el médico y Camilo habían tenido un fuerte altercado en una noche de embriaguez. Desde ese día el médico no había regresado al bar; y Augusto, el poeta, había perdido el empleo con sus consabidas secuelas económicas.

Por todo esto, la peña tanguera se vio menguada considerablemente. De las hasta 15 personas que se reunían los fines de semana, el número se disminuyó a cuatro: Lucho, Gildardo, un veterinario de Metrosalud; Caliche, el cantautor de la barra, y Absalón. En diciembre asistieron a Adiós muchachos prácticamente dos personas, porque Absalón se fue de vacaciones fuera de la ciudad y Gildardo estaba muy ocupado con las fiestas familiares decembrinas.

Lucho y Caliche permanecieron muy unidos en ese diciembre. Cuando nos estamos quedando solos nos aferramos con más ahínco al compañero que nos queda. Fue el tiempo para saborear mejor la música, para discutir largo rato sobre un tema sin interrupciones. Cuando se comparte en grandes grupos es difícil centrarse en un asunto solamente. Por lo regular se habla de muchas cuestiones y no se profundiza en ninguna en particular.

Pero las festividades pasaron pronto, hasta para esta suerte de tangueros que no las compartían. En enero ya todos estaban volviendo a sus labores normales. Absalón pasó su último fin de semana de vacaciones en Santa Elena. Cuando bajó a la ciudad, el domingo 13, estaba muy cansado como para ir al bar y se fue directamente a su casa. A su llegada le informaron que los amigos de la barra lo habían telefoneado. Lucho había sufrido un accidente fatal en la moto, el sábado a las ocho de la noche.

Ya está oscureciendo. Las cervezas han empezado a hacer efecto en el cerebro de

Absalón. Trata de imaginarse a Lucho subiendo en su moto por las estrechas faldas de Santo Domingo. En una ocasión lo acompañó a su casa para buscar una música y recuerda bien ese camino. También trata de imaginar cómo la buseta se queda sin frenos y arrolla a Lucho. Cuando le avisaron de su muerte no lo podía creer. Se veía tan vital, inclusive cuando estuvo cojeando después del primer accidente. En su mente trata de buscar alternativas para evitar el accidente y encuentra infinitudes. ¿Cómo es que no ocurrió alguna de ellas? Tal vez fue el sino del que tanto habla el tango. La parca Átropos, que es inexorable. *Vamos total que importa / la muerte corta el hilo de cristal.*

Cuando murió Enrique Santos Discépolo nació el Pardo Luis y los dos murieron a los cincuenta años de edad. ¿Será que por haber nacido en el mismo año de la muerte de Discépolo y tener tanta afición al tango, inclusive por admirar tanto al poeta, estaba predestinado Lucho a morir a la misma edad que él? Puede ser coincidencia o un pretexto para los adictos a las cábalas como Absalón.

La peña tanguera, que tuvo tanto apogeo en Adiós muchachos, ya se había reducido bastante con la ausencia de pilares fundamentales como el doctor Duque y el profesor Henao. Después de la muerte de Lucho, que era su último pilar, solo fue cuestión de tiempo para que se extinguiera por completo. De vez en cuando alguno de sus integrantes va a rememorar tiempos pasados, como el poeta Augusto y como Absalón. Es una ley natural de la vida que todo lo que nazca muera, sobre todo lo que se vive con tanta intensidad. Los espacios también mueren o sus habitantes se desplazan a otros lugares.

Ha caído la noche y van llegando los nuevos habitués de la barra. Un moreno con aspecto de aborigen americano y acento venezolano entona en voz alta un tango pedido por Absalón: *Yo quise tanto, pero tanto / que es un llanto recordar / qué triste es recordar*. También va ocupando su lugar el arquitecto Antonio, de la Universidad Nacional, especialista en tangos de los treinta, y Piedrahíta, agente de policía que heredó de

su padre música porteña de los veinte de la que es buen conocedor y aficionado. Nuevos personajes van ocupando los lugares que los anteriores dejaron. Absalón pide la cuenta y se despide, también a él lo están esperando en otro lugar.

Este libro se terminó de imprimir en los talleres de Solingraf Ltda., en el mes de septiembre de 2013.